

Ilustración Artística



AÑO XXIX

← BARCELONA 18 DE JULIO DE 1910 →

NÚM. 1.490

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES, 1910



EN EL BUFFET, cuadro de J. M. Avy



Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Las grandes escritoras modernas. Gyp*, por Angel Guerra. — *París. Inauguración de los monumentos de Alfredo de Musset y de Waldeck Rousseau. Gran «meeting» de aviación de la Champaña. Una estatua del emperador Augusto. Un match de boxe sensacional. Monumento a Fontova. Problema de ajedrez. El misterio del cuarto amarillo* (novela ilustrada; continuación). — *Importancia internacional del túnel andino. Libros enviados a esta redacción por autores o editores. El aviador Wachter. París. Fiesta aeronáutica del club femenino «Stella».*

Grabados.—*En el buffet*, cuadro de J. M. Avy. — *La ilustradora «Gyp»*. — *Amor y fisgoneo*, cuadro de F. Jorge Waldmüller. — *En el coro*, cuadro de M. Peña. — *Cogiendo flores, Sembradora, El verano en la playa*, cuadros de Lionel P. Smythe. — *París. Inauguración de los monumentos de Alfredo de Musset y de Waldeck Rousseau* (cuatro fotografías). — *Gran «meeting» de aviación de la Champaña* (cuatro fotografías). — *El catecismo*, cuadro de J. P. Laurens. — *Recogimiento*, cuadro de E. Maxence. — *Estatua del emperador Augusto. El negro Johnson. El blanco Jeffries. Barcelona. Monumento a Fontova. Importancia del túnel andino* (cinco vistas). — *El aviador Wachter. París. Fiesta de los globos floridos celebrada por el club femenino «Stella» el día 30 de junio último.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

El día 10 del actual fué inaugurado, en el Parque, un sobrio monumento a la memoria de León Fontova. El Parque, Fontova... ¿No es cierto que el azar se encarga muy á menudo de descubrir entre las cosas una relación clarísima pero que antes no percibíamos? Estos dos nombres suscitan la visión de la misma época y del mismo ambiente pasado. Nos devuelven una sensación olvidada ya, ni más ni menos que el viejo frasco de perfume hallado en la cómoda de nuestras abuelas ó que la canción no oída desde la juventud, al sonar, melancólica y distante, en un organillo callejero. Parece que la felicidad retorna con ellos y nos estremece. ¿Qué turbación es esa, nos decimos; qué ha venido á remover en mi espíritu ese aroma, ese aire musical anónimo? Es un olor de dicha pasada, un eco de la ilusión fugitiva de los años estudiantiles.

Este Parque, ahora *mustio collado*, fué por un momento la delicia y el orgullo de los barceloneses. Constituyó la primera manifestación del engrandecimiento urbano y del fausto de las capitales propiamente dichas. Fué recibido como el *sumum* de la esplendidez y de la hermosura. Su recuerdo perduraba en la memoria de los forasteros y era evocado con ponderación, á la vuelta del viaje, en las pláticas de familia, allá, en el fondo de la placidez provincial. Antes de llegar á Barcelona los estudiantes noveles conocían de renombre el lugar delicioso y habían admirado reproducciones y dibujos del mismo en álbumes, periódicos ilustrados y guías.

Para muchos de ellos la vida de una gran población estaba simbolizada por un sitio semejante, tal como lo habían visto en las estampas: rodar de coches de duquesas y galopar de jinetes junto al estribo, entre perfumes de magnolia y cantos de risueño... Recuerdo todavía la ilusión con que fui al Parque por primera vez, acompañado por un camarada que me había precedido de un curso y que tomó muy en serio su papel de *cicerone*. Recuerdo cómo volví en ocasión de gran concurrencia ó buscando la soledad propicia á la lectura; en las mañanas de mayo, en las tardes sonrosadas, en vísperas de examen ó en días de nieve para contemplar los árboles y los parterres cubiertos de blancura virginal. Recuerdo la famosa Exposición, que vino á ser como la apoteosis del Parque mismo y de su época. Todo ha cambiado ahora: el espíritu de la ciudad, la lozanía de los jardines, sin riego ni frescura; mi alma, reseca también como ellos, y las preferencias de la gente, que abandona poco á poco aquel lugar á los pensativos y melancólicos, á los viajeros displicentes que lo recorren en coche durante una hora y á la piadosa glorificación de unos poetas y artistas olvidados.

* *

Esto pensaba la otra tarde, buscando por la avenida de los álamos el emplazamiento del busto de Fontova. He aquí otra evocación de una Barcelona espiritualmente paralela á esta Barcelona del Parque. Fontova encarna toda una época; es una de aquellas tres ó cuatro figuras representativas de las cuales toma su carácter todo un período bien determinado. Y, no obstante, ¡cuán difícil será á los que no tuvie-

ron ocasión de conocer directamente esa personalidad artística inconfundible, formarse idea de su valer!

Yo me imagino á un extranjero pasando por este sitio, contemplando un momento este busto, lleno de vida y de expresión, que acaba de esculpir Gargallo, y acudiendo á la guía para enterarse: «Fontova (León). Célebre actor cómico barcelonés, director del Teatro Catalán...» Es posible que aquí, el extranjero, dé por terminada su lectura, pensando para sí: «¡Bah! Una gloria local... Estos meridionales son terribles. Hasta en sus huertos les nacen dioses, como á los egipcios de la antigüedad.» Sí; es muy natural y muy humana esta prevención. La impostura ha profanado de tal manera el lenguaje, la afectación ha desquiciado tan profundamente la escala de los valores que toda desconfianza es poca aun ante los mayores encomios y las glorificaciones supremas.

¡Una gloria local!.. Sí—debiéramos decir á nuestro imaginario extranjero;—una gloria local en el sentido de su limitación geográfica; una gloria local en el sentido materialista de la palabra, esto es, tomando por medida de ella el *hecho* de su reducida difusión; pero una gloria absoluta, una gloria digna de ser acatada por todos los hombres cultos de la tierra, si se mide por la potencia intrínseca y por el mérito.

Desgraciadamente el actor se lleva consigo su secreto á la tumba. El testimonio, la prueba, la justificación de su nombradía residen en su propia persona y perecen con él. Deja acaso un reflejo sobre la generación que le sobrevive después de haberlo admirado. Deja acaso una estela de asombro, un rastro de estupor en la sociedad que fascinó y conmovió en vida. Pero ese rastro, esa estela se desvanece, un poco cada día, hasta extinguirse por completo. Las reminiscencias escritas pueden ser mendaces, simuladas, producidas por una ofuscación circunstancial. Carecemos del testimonio objetivo para contrastarlas. El pintor, el arquitecto dejan su obra, y á ella apelamos en caso de duda. Del histrión ó del ejecutante no queda nada. ¿Qué podemos saber ahora de Farinelli, de Talma, de la Malibrán, sino lo que escribieron sus contemporáneos? Y esos contemporáneos, ¿no se dejaron alucinar por mil oropes, no adoraron cosas falsas al lado de otras legítimas, no rindieron tributo á modas pasajeras y que ahora juzgamos inverosímiles?

* *

No; no fué una ofuscación circunstancial de los públicos que aplaudieron á Fontova, la predilección inaudita que le consagraron. En su renombre nada hay de usurpado ni de caprichoso. Es preciso haberlo visto para juzgar... Por ventura, el viajero á que me he referido, pensando en ese actor, en ese director de un Teatro Catalán, recordará tal ó cual compañía que vió en teatrillos de la *banlieue* y que no obstante lo humilde, ó chabacano del género que cultivaba dejóle una profunda impresión de verismo y de fuerza cómica, digna de asuntos más elevados. Puede que le sugiera, por asociación de ideas, la del vehemente teatro dialectal de Italia, en milanés ó siciliano. Algo hay de eso; pero hay más, mucho más que eso, en la figura de Fontova.

Le vi por primera vez, en Palma de Mallorca, cuando yo empezaba á cursar la segunda enseñanza y no había salido aún de aquella ciudad. La temporada fué memorable y dejó allí un recuerdo que no se ha extinguido todavía, á pesar de la suspicacia y timidez que, en el aspecto político, levantaba cuanto pudiese trascender á catalanismo militante. Por cierto que en las funciones de moda—dos días á la semana—solía obsequiar á los concurrentes con un periódico programa, atildado y muy bien impreso, en el cual se publicaban poesías breves y fragmentos de prosa de lo mejorcito que había producido hasta entonces el renacimiento catalán. La elección de esas muestras revelaba un gusto excelente y en aquella revista de anuncio leí por primera vez el *¡Pobre Llätzer!*, de Roberto Robert, y conocí las primeras composiciones y aun el nombre de Guimerá, de Verdguer, de Apeles Mestres... Más de uno y más de dos que yo me sé debieron á dicha hoja buena parte de su afición á nuestra poesía restaurada y recibieron de ella el primer contagio.

Como decía, aquella temporada resultó memorable y dejó en nuestro espíritu juvenil una impresión especialísima y que no se ha reproducido jamás, aun en presencia de artistas admirables en lengua castellana ó en cualquiera de los grandes idiomas cultos de Europa. Hasta mucho tiempo después no he podido explicarme la índole de aquel hechizo.

Baste decir que Fontova y su compañía nos deleitaban con elementos dramáticos y cómicos sacados

de la sociedad misma á que nosotros pertenecíamos, que tocábamos más de cerca y que no habíamos visto hasta entonces ser objeto de las caricias del arte. A este prestigio sentimental, aunque casi inconsciente, de ver nuestra propia vida y nuestro propio lenguaje elevados á la esfera superior de la ficción y dignificados por la escena, añádase una extraña fascinación producida por el insigne comediante y que es difícil de explicar con palabras.

Fontova, disponiendo de una literatura dramática y cómica muy deficiente y casera, producía por sí mismo la impresión de un gran teatro. Sin molestia para nadie puede afirmarse que el tornavoz era superior entonces á la voz misma y que sus maravillosas aptitudes conseguían agrandar y magnificar la producción escrita. Él suplía por toda una dramaturgia, tanto que, al morir, pareció momentáneamente que el teatro catalán se encogía y apagaba. Entonces pudo comprenderse la potencia extraordinaria del temperamento que había sabido infundir y mantener durante cinco lustros aquella prodigiosa ilusión.

En tal período la escena catalana se sostuvo principalmente por el aliento genial de su intérprete, que irradiaba en todos sentidos: como actor, como irremprochable director de escena y como creador de caracteres y personajes por encima del croquis, á veces burdo ó infantil y primitivo, que los autores le suministraban.

La comedia menestral, intermedia entre el sainete castellano y el *vaudeville* francés; la pieza de infundios y *quidproquós*; el drama de masía y castillo, con interpelaciones cómicas, sobre episodios de la guerra de Sucesión y de los Segadores..., he aquí los principales tipos ó elementos literarios que tenía á su alcance. ¿Qué es lo que recordamos ahora: las producciones por sí mismas, las obras individualizadas y separadas una á una? Creo que no. Creo que recordamos una abstracción ó selección de todo ello: «el teatro de Fontova,» la admirable galería de figuras populares que supo extraer de tal conjunto, infundiéndoles una vida superior y más alta que la que podía asegurarles el manuscrito.

* *

Celebridades callejeras y tipos de barrio, viejos de pueblo y *baylets* de montaña, lobos marinos y municipales bilingües, señores rurales y curas de aldea, carreteros y hosteleros... Yo no sé ya á qué obra pertenecían. No recuerdo la intriga, ni el plan, ni el título de muchas de esas piezas dramáticas ó cómicas; pero sé que todos esos personajes humildes viven en mi memoria y en mi imaginación dotados de una vida inconfundible, bañados de piedad y misericordia por la efusión de alma de aquel artista que, al reproducirlos y encarnarlos, esparcía sobre lo cómico y trivial un rocío poético de caridad y bienaventuranza, á lo Dickens ó, para tomar un ejemplo más modesto y más de nuestra casa, á lo Emilio Vilanova en sus inimitables cuadros de costumbres barcelonesas.

Dije más arriba que todo desaparece con el actor y todo se lo lleva el sepulcro; y esto no es rigurosamente exacto. Algo ha quedado de Fontova que es todavía un poderoso reflejo de su fuerte personalidad. Los progresos de la fotografía llegaron á tiempo para eternizar esa abigarrada y estupenda galería de personajes á que me he referido. La colección de los retratos de Fontova es un monumento. Por sí sola reveló al joven Novelli, antes de haber oído á su colega, el mérito excepcional del artista barcelonés. Jamás el don de diversificarse y modificarse llegó á tan alto grado; jamás el arte fué tan *objetivo*. Muchos extranjeros acudían al Teatro Catalán, sin entender el idioma, subyugados tan sólo por la intensidad expresiva de esa caracterización. No ya la fisonomía, sino la voz, el dejo, el andar y hasta la misma estatura variaban de papel á papel. ¡Qué contraste el de esa subordinación á la figura representada, con el aire personal de otros actores, completamente subjetivos, que entonces brillaban en la escena española, atentos sólo á recitar su aria de fuerza, bien peinados y con bigotes, á guisa de tenor!

Así fué, y vivió, y entendió el arte ese Fontova tan modesto y tan grande, ese actor genial á quien sólo faltó una gran literatura escénica y que había saltado desde un oficio á las tablas á la manera de casi todos los iniciadores y fundadores de la cultura barcelonesa de su tiempo: Clavé, Pitarrá, el mismo Vilanova, nacidos en los teatros de aficionados y en las sociedades humorísticas. Y así nos produce ahora aquel movimiento artístico una impresión de vago parentesco ó semejanza con los *meistersinger* y corporaciones gremiales de las viejas ciudades alemanas.

MIGUEL S. OLIVER.



LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS.—GYP



No recuerdo el título nobiliario que ostenta esta ilustre escritora, más ilustre por su renombre literario que por sus blasones heráldicos. Nada tiene de extraño.

No sé tampoco—y muchos de los que acostumbran á leer no lo sabrán de seguro—cómo se llama la reina de Rumanía, pero ciertamente que no habrá persona culta que ignore ese pseudónimo universalmente conocido de Carmen Silva.

Igual acontece con Gyp. En la misma Francia, salvo los íntimos, ¿cuántos conocerán el verdadero nombre de pila, mondo y lirondo, de la celebrada novelista, legítima gloria nacional? Muy pocos. Yo lo he encontrado muchas veces en los periódicos, y á la hora de leído lo he olvidado por completo. El que no puede olvidarse es el de Gyp.

Sé que se trata de una dama elegante, de aristocrático abolengo, que frecuenta saraos y teatros y que figura mucho en las crónicas mundanas. Pero eso queda entre el círculo de sus relaciones sociales. Al público, al gran público, sólo han trascendido sus talentos, en libros que son verdaderas maravillas de ingenio, de colorismo pintoresco, del más castizo *esprit français*.

Muchas veces á Gyp se la ha llamado, no la descendiente acaso de señores feudales ó de antiguos cruzados, que componen la flor de la nobleza gala, sino la heredera de Jorge Sand. Artísticamente se le ha buscado un abolengo más villano por razón de sangre, pero más glorioso por razón de la estirpe intelectual. Entroncar en la ascendencia espiritual con Madame de Sevigné, con Madame Stael y con Jorge Sand, bien puede decirse que es adquirir la mejor aristocracia francesa, la aristocracia del talento, por la que Francia ha sido siempre respetada y admirada en el mundo á lo largo de los siglos hasta nuestros tiempos.

Pero, ¿es Gyp en verdad la legítima heredera de Jorge Sand? Acaso no heredó la plenitud de talento creador y el arte prodigioso con que escribiera Jorge Sand. Pero en esta escritora contemporánea, en esta admirable Gyp, junto con cualidades de observación y de penetración heredadas, hay cualidades que le son muy personales. Y estas cualidades son la agudeza de ingenio, la mordacidad satírica, la cómica y risueña visión de la realidad, que no tuvo *la devancière*.

Puede otorgarse ese título de heredera á Gyp, porque en las letras contemporáneas francesas ella es la que más sobresaliente personalidad tiene entre las escritoras. Es, sin duda, primera entre las primeras.

Y es necesario fijarse en la cantidad—y también en la calidad—de las *femmes de lettres* en Francia. Quizás ningún país ofrezca un conjunto de escritoras ni tan variado ni de tanta valía como Francia. La novela, la lírica, el teatro, la crítica, el periodismo, todo lo han invadido las escritoras francesas.

Líricos como la condesa de Noailles; críticos de una penetración intelectual, de una cultura erudita y de una amenidad sin par como Arvede Barine; novelistas de una intensidad emocional ó de un verbo pintoresco como Jean Marin ó Marcelle Tinayre.

Abundan las escritoras. ¿Por qué? No es un privilegio de la raza. Las produce la densidad de cultura que se ha infiltrado en toda la masa social francesa—claro, más refinada en las clases altas, más sólida, más extensa y más intensa en la clase media—y que improvisa escritoras á granel. Y de esta florecencia espiritual y artística también participa la mujer. Ahí está Italia también como un alto ejemplo, improvisando, desde que su estado de cultura se ha intensificado, cinco ó seis mujeres en novelistas de primer orden.

Entre las francesas, destácase Gyp en primer término. Ella, como Prevost, es un espíritu *boulevard*

dier. Su arte es netamente de París, no educado en barrio aristocrático, sino bien alegre y soleado, en medio del tumulto y del regocijo de las calles. Por eso su arte novelesco tiene un sabor plebeyo. Las gentes que se recrea en delinear su pluma, á veces con trazos de un cómico grotesco, son las andariegas, las que se tropiezan á cada instante *sur le trottoir* arrastrando su gracia insolente, su ingenio vivaz, su elegancia pobre y sus burladas ridiculeces. Por eso se descubre en los libros de Gyp cierto aire de

amor á pesar de los años que cubren con afeites y postizos, esos galanteadores profesionales sin escrúpulo moral alguno, que acallan la indignidad con el orgullo y con la hartura; esas damiselas, apasionadas del cintajo, hambrientas de lujo y de alegría, que todo lo sacrifican á esa ansia inmoderada, y se despojan poco á poco de las virtudes del alma para adornar un poco la natural hermosura del cuerpo; qué son todos esos seres celosos de disipar la vida unos, de envilecerla otros, unos y otros en ridículo

siempre, más que la expresión pintoresca del alma social en un pueblo que se desquicia, sin una ética rígida que lo enfrene y una conciencia social que lo torne, si no al ascetismo de las costumbres, al menos á la austeridad de los principios?

Escoria humana, esos tipos de Gyp dan cabal idea de un estado social. Ellos son un mundo, un mundo en el que se agitan las malas pasiones, la inconsciencia, y lo que es peor, la esterilidad de actividades que se pierden y que generalmente acaban, no con un ay de arrepentimiento, sino con un quejido de dolor. No importan las apariencias brillantes, ni el tumulto alegre, ni la pasión de vivir, con que los personajes de Gyp pasan ante nuestros ojos, entre atónitos y risueños, á lo largo de sus novelas. Siempre, en un momento del desfile, nos dejarán una mueca de tedio, un gesto de asco ó un *ricтус* de una íntima tristeza trágica. Cuando ellos aparecen más joviales, nosotros, no sé por qué, adivinamos que son dolientemente infelices. ¡Eterno *tedium vite!*

Pero la escritora no se ha propuesto darnos esta sensación de desencanto, de piedad y de melancolía.

Ella sólo ha procurado divertirnos exhibiéndonos todos esos ejemplares pintorescos de la especie humana y regocijarnos el ánimo ante la descripción de un libre, ameno y cómico medio ambiente social. El que filosofa, cada cual á su modo, es el lector, quien acaso recuerde las palabras de Figaro: «*Je me hâte de rire de tout..., de peur d'être obligé d'en pleurer.*»

Gyp, se ha dicho, es uno de los escritores que mejor han expresado el *parisianismo*, el sabor, el carácter y el alma de la gran ciudad cosmopolita. Y en este punto yo no estoy conforme. Creo

que hay en esto cierto estrecho espíritu de crítica. De aspectos superficiales de la vida parisiense, indudablemente es una gráfica acuarelista; de algunos tipos, los más corrientes, los que todo el mundo conoce, también ha trazado magníficos retratos al aguafuerte.

Pero la vida parisiense es muy extensa y muy compleja. Hay que ir á buscarla muy hondo, porque su cauce es muy profundo en medio de una sociedad tan variada, tan complicada, en que van en revuelto torbellino, como el oro entre las arenas de un río, las grandes virtudes y los enormes defectos, refinamientos de civilización alambicada y reminiscencias de primitiva barbarie, molicié estéril y trabajo fecundo, esplendor y miseria, austeridad y crimen, pícaros y santos, rebeldes y héroes, la heterogeneidad de un pueblo que nadie acertaría tal vez á dominar en conjunto.

Cuando á esa obra de reconstituir, dejándolo evocado en libros, vivo y sangrando, todo un pueblo en un momento dado de su historia, se lanza un escritor, le hace falta, no ingenio, sino genio. Ese empeño pudo realizarlo Dickens en Inglaterra, Balzac en Francia. También lo intentaron, y casi gallardamente lo realizaron, Emilio Zola en Francia también y Tourgueneff en Rusia en tiempos más próximos á nosotros. Pero, en estos escritores, por encima del sabor local, del colorismo londoniense en Dickens y del ambiente parisiense en Balzac, hay algo más superior, algo genérico que da á la obra de ambos escritores un amplio y hondo sentido humano.



La ilustre escritora «Gyp»

sátira, pero no cruel, sino desenfadada y maleante.

Es una sátira aguda como la de Beaumarchais. No ataca, ni se ensaña, ni sermona. Sólo sabe reír..., para no llorar. Y sin embargo, en esa sátira no hay el espíritu de la fina ironía francesa, que más que al júbilo retozón conduce á la profunda tristeza. Carece de ese sentido filosófico que hace que compadecemos, lastimados de piedad, lamentándonos más que odiándolos, las falsas posturas de la vanidad, las ridiculeces del amor, la insensatez de la *folie de paraitre*, achaques entre grotescos y dolientes de una sociedad desequilibrada moralmente.

No es tampoco esta sátira el *humour* inglés, en el fondo tocado de un sano filosofismo. Es una burla franca, sin acidez, pero punzante. Sin sus deformidades, tiene, no obstante, algo de la caricatura. La sátira de Gyp tiene el mismo sabor que la caricatura de Forain. ¿Dónde está la intención? No en los trazos cómicos, por exagerados que estén, sino en la reproducción exacta de la realidad, pero hecha á través de una visión cómica y con una observación *sui generis*, maliciosa y aguda á la vez.

Son estados sociales los que se reflejan en los libros de Gyp. Con ellos se puede reconstituir la psicología y la ética de una sociedad viviendo en sus costumbres, con sus afanes, al natural, á pesar de los artificios en que vayan envueltos, elegancias arriba, cursilerías abajo. ¿Qué son esos tipos retratados—igual que en sus tipos encarnara Balzac la comedia humana—señoronas aún tocadas de punto de

El espíritu parisiense de *Gyp* es un poco superficial. Está contaminado del cliché de un París convencional, y que puede llamarse por lo tanto de exportación.

Sobresale *Gyp* en la pintura de figuras femeninas, muchas de ellas inolvidables tan pronto conocidas. Son esas muchachitas, espuma de las elegancias fulgurantes, de la hermosura fugitiva y de la alegría que pasa. Ellas proceden de la cantera inagotable de una juventud alocada, ebria de ruido y júbilo, insaciables de amores frívolos, de esa cantera que dió al lápiz de Gavarni las loretas y al estro amorosamente romántico de Musset el tipo de *Mimi Pinson*. De ahí salieron también las heroínas de Murger, descubiertas *Au Pays latin*.

Son bellas muñecas, encantadoras figulinas estas muchachas que ha pintado con tan admirable y admirada gracia *Gyp*. Tienen donaire, reparten juventud y alegría, deslumbran, acaso enamoran un momento encendiendo pasiones, pero ¡ay!, no tienen alma. ¿Por qué decir que son de una complicada psicología? Pasan ante nosotros sin hacernos sentir sino ó la alegría pasajera ó la real tristeza de la vida, pero activas, sugestionando nuestra mente en medio de su volubilidad y a pesar de su efímera existencia. No hay que empeñarse en sondearlas interiormente, creyendo que se va á encontrar allá dentro una fuente viva de sentimentalidad, un aliento romántico, un corazón torturado por hondos tormentos de amor y que se aturde riendo, pidiendo el supremo encanto de sus júbilos clamorosos á la vida. No; no hay que buscar nada, so pena de hallar sólo una amarga desilusión. Ahí dentro esas figulinas no llevan más que el serrín y la estopa de las muñecas. Y



Amor y figoneo, cuadro de F. Jorge Waldmuller

como éstas, no sirven más que para darnos una rápida ilusión de la existencia. Una breve ilusión que presto pasa y se desvanece como los jirones de

niebla al sople del viento, y que al pasar rezuman su humedad, dejando una huella como si fuera de lágrimas, como si ellas también llorasen la eterna tristeza de las cosas.

El amor infortunado tiene sus heroísmos y por sus desventuras merece piedades.

¿Quién no ha sentido la desolación de *Ofelia*, el hondo dolor de *Margari-ta*? Las heroínas de *Gyp* aman, pero con fácil versatilidad amorosa. Se consumen en este fuego de los amores, pero es porque han disipado, con prodigalidad loca, todo el caudal sentimental de su corazón.

Los árboles, agotada la savia fecundante, se despojan de su verdor y de su pompa, y el corazón humano, cuando ha derrochado sus ilusiones, sus ternuras y sus arrullos, permanece silencioso como un sepulcro.

Hay quien ha censurado en la obra literaria de *Gyp* la falta de emoción, de sensibilidad delicada, cualidades que debieran resaltar en toda obra de mujer.

Es achaque que corresponde á todas las escritoras francesas. Hay en ellas cierta sequedad antipática. Falta en sus libros la ternura maternal, que va hasta los grandes sacrificios, por un lado; de otra parte, falta el encanto singular de los niños, poesía eterna de la vida.

En el arte literario de *Gyp* se advierte esta sequedad, un tanto áspera, es cierto, pero la suplen los alardes de su ingenio vivo, de su sátira desenfadada, de su donaire chispeante, al pintar, al dialogar, que arrastra el ánimo del lector como sugestionan los gallardos movimientos de un cuerpo femenino, ondulante y es-

cultural, en el vértigo de un vals.

ANGEL GUERRA.



En el coro, cuadro de M. Peña



Cogiendo flores
(Propiedad de H. Beaumont, Esq.)



Sembradora
(Reproducción autorizada por H. Beaumont, Esq.)



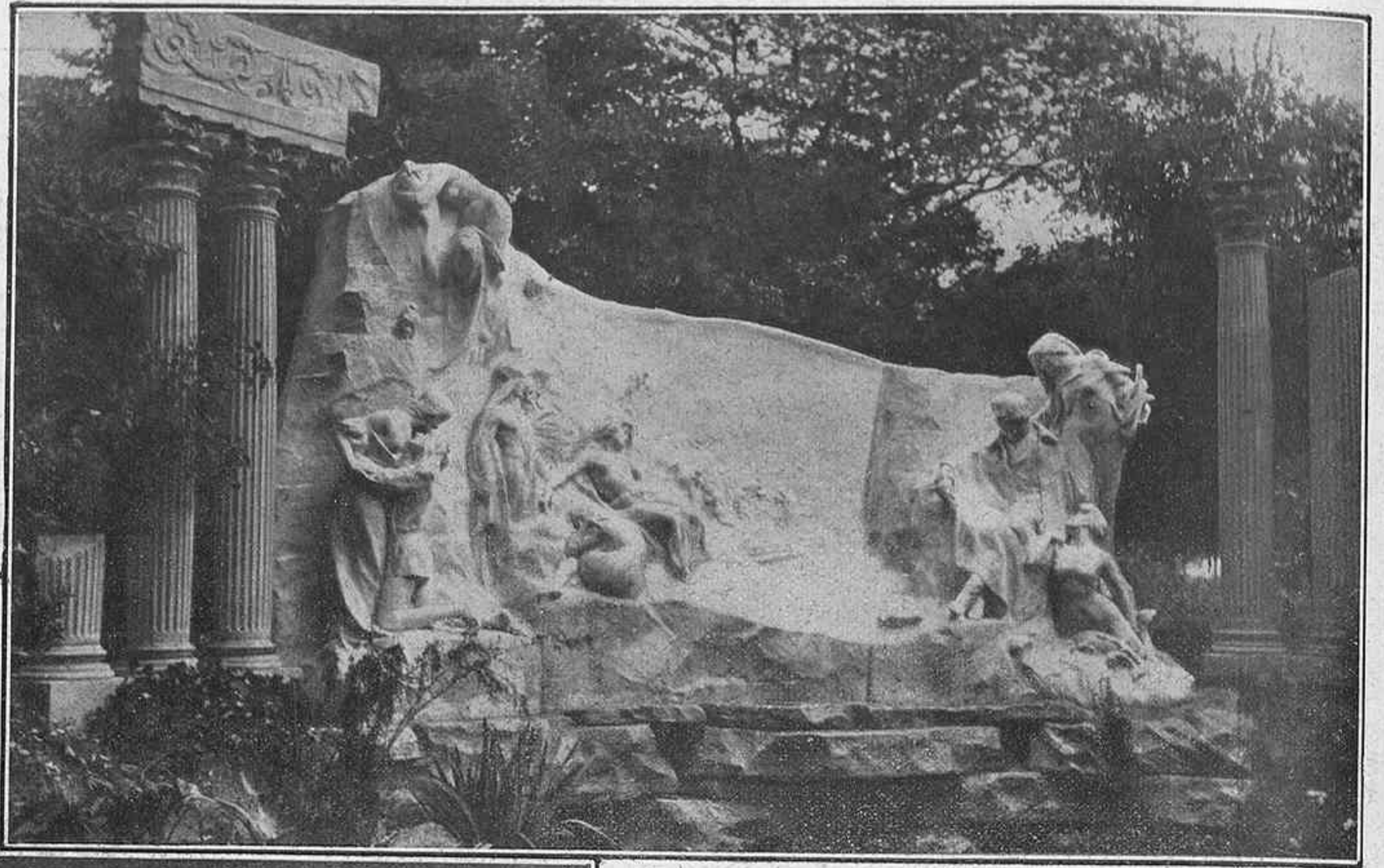
El verano en la playa
(Cuadro propiedad de Wolf Harris, Esq.)

PARÍS. — INAUGURACIÓN DE LOS MONUMENTOS

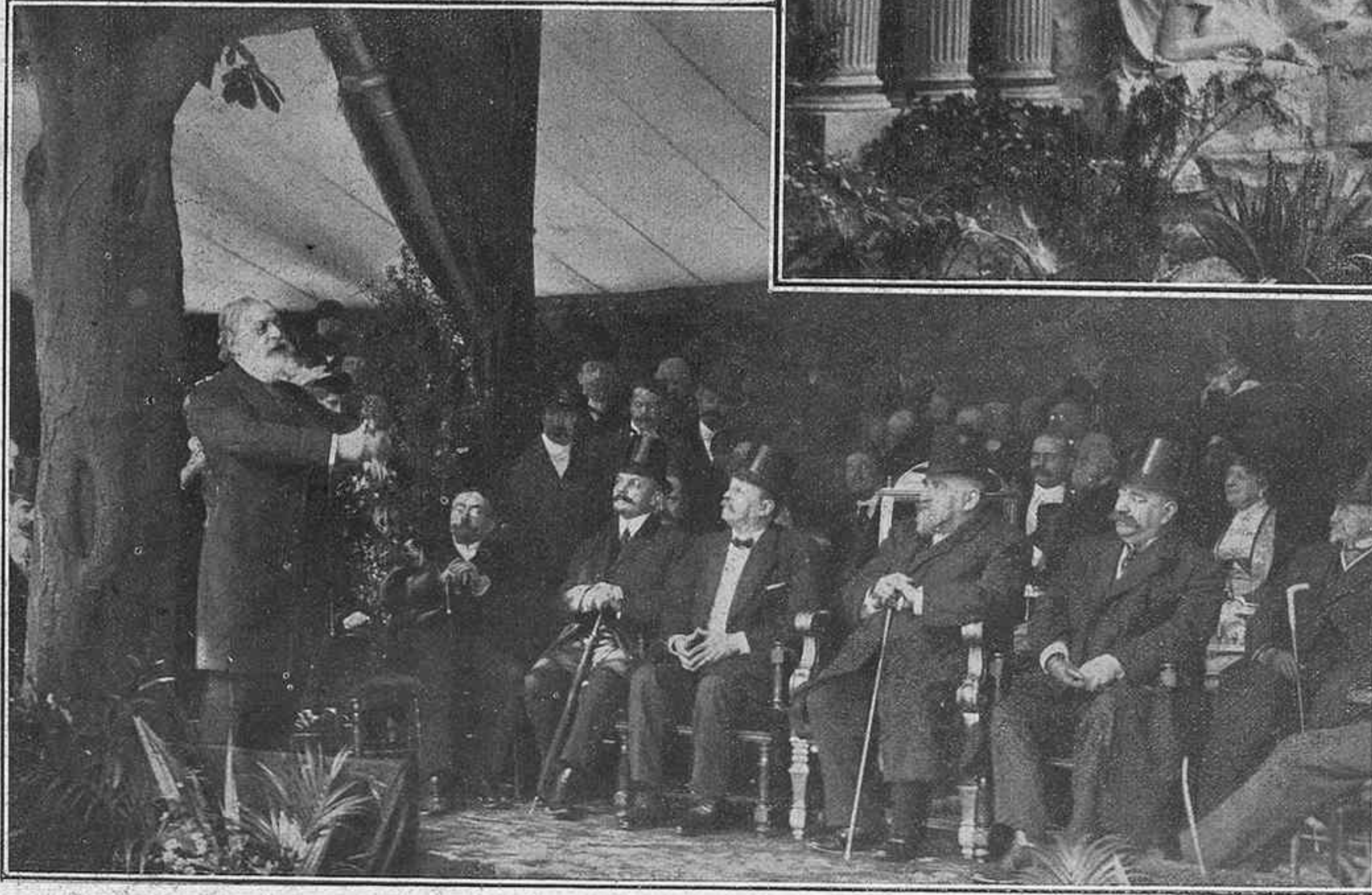
Á ALFREDO DE MUSSET Y Á WALDECK-ROUSSEAU

En los días 5 y 6 del actual inauguráronse respectivamente los dos monumentos que en esta página reproducimos, dedicados el uno al poeta Alfredo de Musset y el otro al político Waldeck-Rousseau.

El primero, obra inspiradísima del escultor Mancel, levántase en el Cours-la-Reine y consiste en un gran alto relieve de mármol blanco, que representa el *Ensueño del poeta*, es decir, á Musset, en actitud pensativa y melancólica, acompañado de figuras que simbolizan sus más hermosas poesías. Algunas columnas antiguas completan el monumento, cuya belleza realzan los árboles del pintoresco sitio en que está colocado.



El monumento, obra del escultor Mancel
(De fotografía de World's Graphic Press.)



París.—Inauguración del monumento á Alfredo de Musset
El eminente actor Mounet-Sully recitando una poesía de Musset. (De fotografía de M. Rol.)

El segundo, debido al escultor Marqueste y al arquitecto Rives, es un pórtico de columnas corintias bajo el cual se ve el busto de Waldeck-Rousseau; á un lado, un grupo de obreros guiados por la Democracia, simboliza los sindicatos profesionales; junto al busto, una estatua de la Fama, de bronce dorado, señala con el brazo el porvenir. El conjunto del monumento es severo y elegante y armoniza admirablemente con el lugar que ocupa en el jardín de las Tullerías.

Las ceremonias inaugurales fueron solemnísimas, cada una dentro de su carácter propio: la primera

En la inauguración del monumento á Musset, pronunciaron discursos el señor Bellán, presidente del Consejo Municipal de París; Roberto de Fleurs, por delegación de los autores dramáticos; Camilo Le Seune, como presidente de la sociedad «Recuerdo literario»; Víctor Emilio Michelet, en nombre de los poetas; y el señor Dujardin Beaumetz, subsecretario de Estado en las Bellas Artes, que había presidido la ceremonia, en representación del gobierno. Las últimas palabras de la

nebre—dijo— en donde se extinguen los rumores de una ciudad inmensa, un sauce derrama su sombra sobre el poeta desaparecido. Pero aquí, bajo esas espléndidas umbrías, será más particularmente evocada la obra del poeta. Cada año, en la primavera, en medio de la exquisita decoración de los nuevos verdores, sus versos acudirán naturalmente á los labios de una juventud inflamada de amor y de belleza; y todos los otoños, esos grandes árboles agitados por el viento, dejarán caer sobre Musset sus hojas, coronas movedizas de púrpura y oro.» Finalizó el acto recitando inspiradas composiciones del gran poeta las notables actrices señora Bartet y señorita Provost y el eminente actor de la Comedia Francesa Mounet-Sully.

Presidió la inauguración del monumento á Waldeck-Rousseau el presidente de la República señor Fallieres, quien tenía á sus lados á los presidentes del Senado, de la Cámara de Diputados y del Con-



El monumento, obra de Marqueste (escultor) y de Gustavo Rives (arquitecto). (Fotografía de C. Trampus.)



París.—Inauguración del monumento á Waldeck-Rousseau
El presidente del Consejo de ministros Sr. Briand leyendo su discurso. (De fotografía de M. Branger.)

fué una fiesta eminentemente poética; la segunda, un acto político.

oración del Sr. Dujardin-Beaumetz sintetizan el espíritu que presidió en aquel acto. «En la colina fú-

sejo de Ministros, á los ministros y subsecretarios de Estado y á la familia de Waldeck-Rousseau y á otras muchas ilustres personalidades. Los Sres. Carnot, Busson Billaut, Etienne, Millerand y Briand enaltecieron en elocuentes discursos la memoria de Waldeck-Rousseau, haciendo ver la importancia política y social de la obra por él realizada.—S.

GRAN MEETING DE AVIACIÓN DE LA CHAMPAÑA

(De fotografías de M. Rol.)



Olieslagers, en monoplano Bleriot, que ha ganado el premio de la totalización de las distancias y batido el «record» del mundo de la distancia y de la duración



Leblanc, ganador del premio Miguel Ephrusi

El *meeting* llamado de la Champaña que se celebró desde el día 3 al 10 del corriente en Betheny (Reims), ha sido un nuevo éxito para la aviación. ¡Lástima que durante él hayan ocurrido dos accidentes desgraciados: el del aviador Wachter, del que damos cuenta en la página 472, y el de la baronesa de Laroche!

Había emprendido ésta un hermoso vuelo en la tarde de la sexta jornada, y después de haber dado

con grandes precauciones en unas parihuelas y conducida á la ambulancia, en donde se le prestaron los primeros socorros. Tenía rotos el brazo y el muslo izquierdos y la pierna derecha y dislocada la cadera derecha; además, todo su cuerpo presentaba fuertes contusiones. Su estado, en los primeros momentos, calificóse de desesperado; pero, afortunadamente, ha mejorado después y se dice que ya está fuera de peligro.

Tratándose de un *meeting* al que han acudido los aviadores más famosos, inútil es referir las proezas que durante el mismo se han realizado. La lucha entre Latham y Morane para ganar el premio de altura; las pruebas eliminatorias para la copa Gordón-Bennet, en las que resultaron vencedores Leblanc,

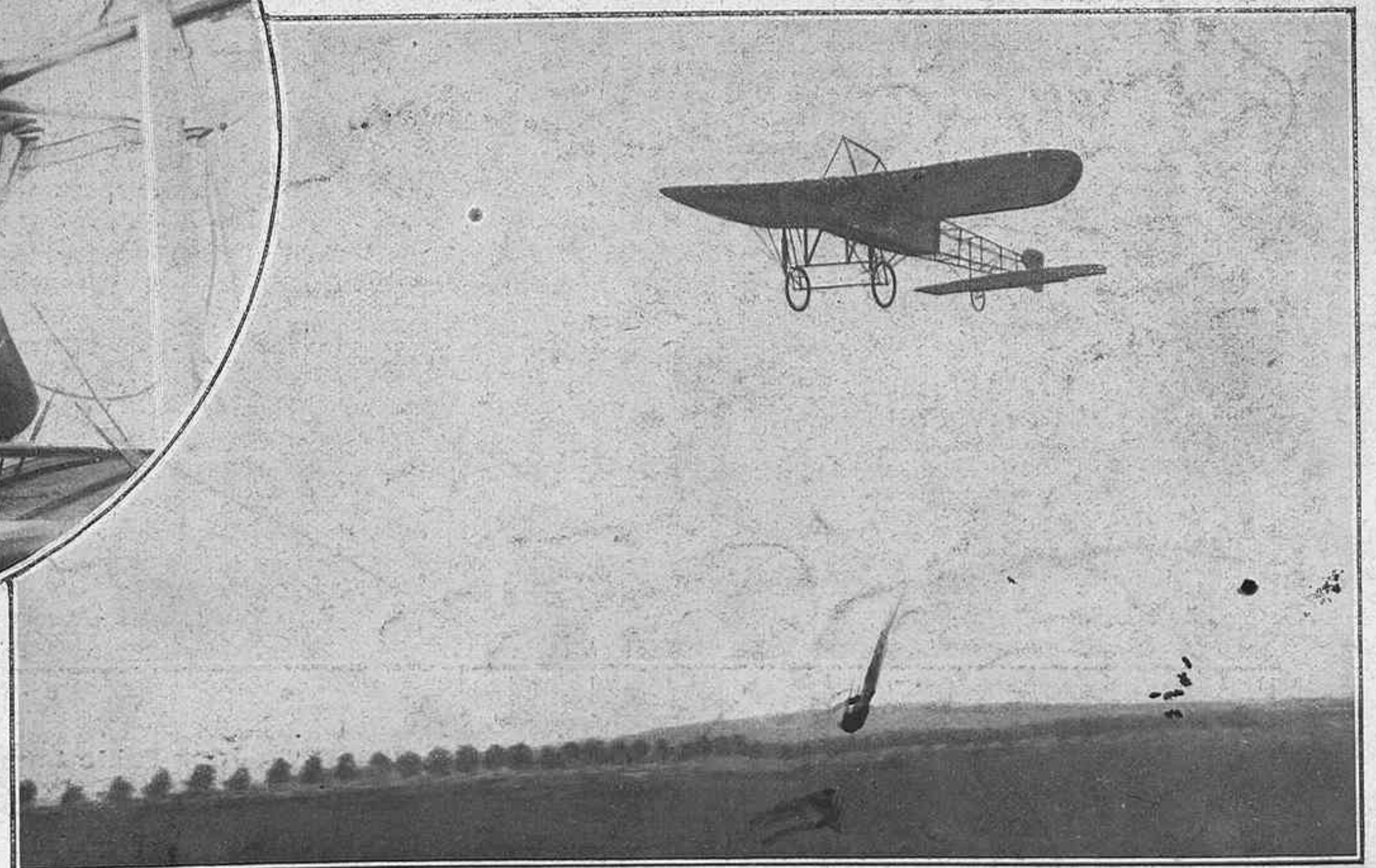
so concurso; los magníficos vuelos de distancia y duración de Labouchere y Olieslagers; el espectáculo de treinta aeroplanos volando á la vez, han sido las notas culminantes del *meeting*, en el que se han vencido los *records* del mundo de la distancia, del tiempo y de la velocidad.

He aquí los resultados definitivos: *Gran premio de la velocidad*: Morane (20 kilómetros en 12 minutos, 45 ³/₈ segundos); *Record de la distancia*: Olieslagers (392.750 metros en 5 horas, 3 minutos, 5 ¹/₈ segundos); *Record de duración*: Olieslagers (5 horas, 390 kilómetros); *Premio Miguel Ephrusi* (circuito de 22 kilómetros): Leblanc (20 minutos, 14 segundos); *Premio de altura*: Latham (1.384 metros); *Premio de los oficiales* (50 kilómetros): teniente Cammerman (46 minutos, 50 segundos); *Premio cotidiano de velocidad*: Morane (10 kilómetros en 5 minutos, 42 segundos, *record* del mundo); *Premio de la totalización de las distancias del día*: Fischer (340 kilómetros); *Premio cotidiano del mayor vuelo*: Olieslagers (320 kilómetros); *Totalización general de las distancias*: Olieslagers (1.695 kilómetros); *Gran premio de la Champaña* (50.000 francos) para el constructor de los tres aparatos que, sumando sus vuelos, recorrie-



La baronesa de Laroche, que resultó gravemente herida en uno de sus vuelos á consecuencia de un desgraciado accidente.

dos vueltas delante de las tribunas, habíase lanzado al espacio, evolucionando elegante y hábilmente á considerable altura, cuando de pronto su aparato, un biplano, cabeceó y cayó vertiginosamente en línea recta, quedando enteramente despedazado al tocar al suelo. Debajo de los restos yacía sin conocimiento, manchada de sangre y de tierra, la aristocrática aviadora, que fué inmediatamente colocada



Morane, en monoplano Bleriot, ganador del gran premio de la velocidad

Latham y Labouchere, quienes, por consiguiente, ran en total mayor número de kilómetros: la casa Antoinette, con 2.591 kilómetros.—R.



EL CATECISMO, cuadro de Juan Pablo Laurens

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

PARÍS. — SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1910



RECOGIMIENTO, cuadro de E. Maxence

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

UNA ESTATUA DEL EMPERADOR AUCUSTO

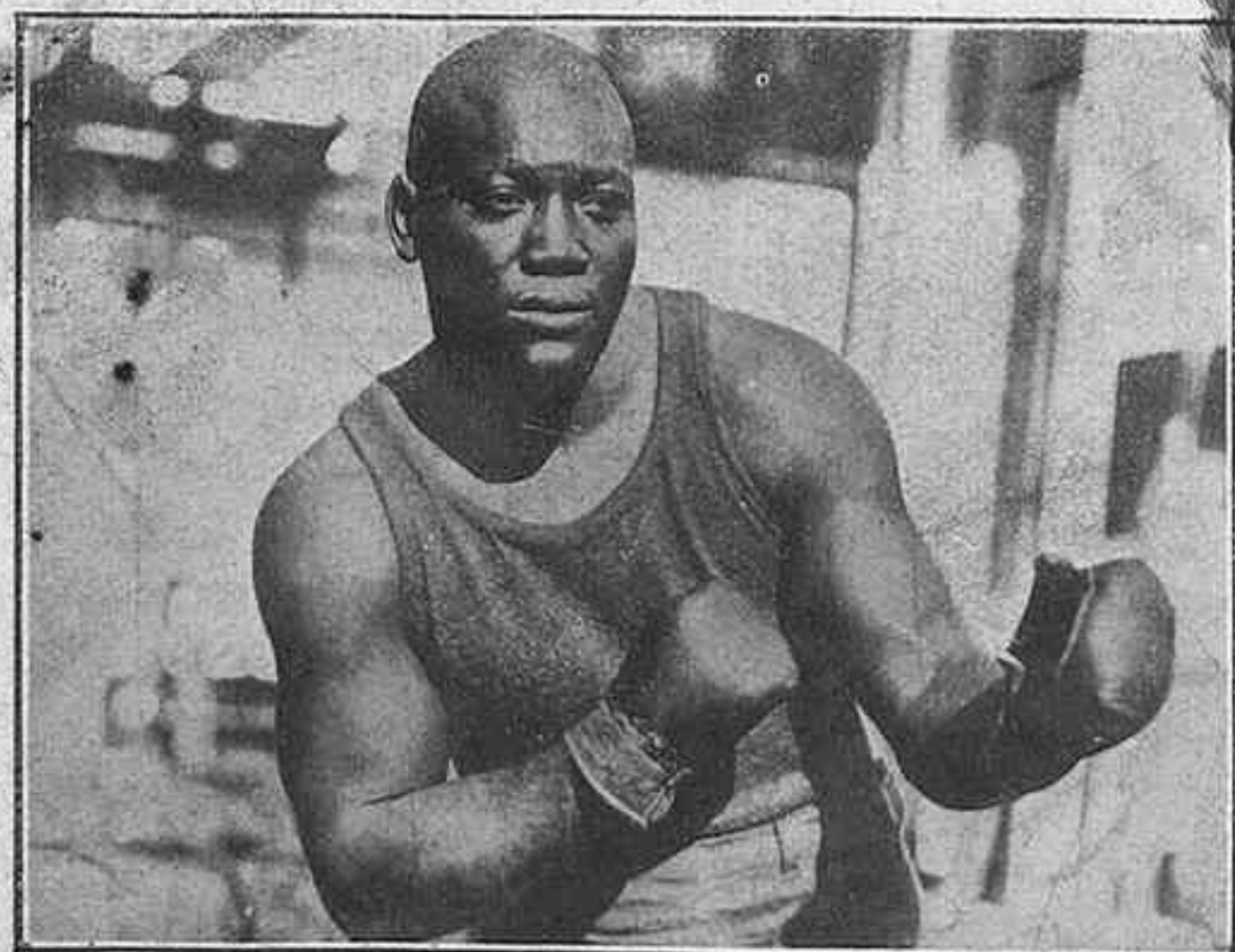
Hace poco, á fines del mes pasado, en las excavaciones que continuamente se practican en Roma para exhumar los preciosos restos de los pasados siglos que el tiempo y las vicisitudes históricas habían sepultado, se ha descubierto la hermosa es-



Estatua del emperador Augusto, recientemente descubierta en Roma en las excavaciones de la calle Labicana. (De fotografía de los Abeniacar.)

tatua del gran emperador romano que adjunta reproducimos. El hallazgo bien puede calificarse de magnífico, puesto que se trata de una obra importantísima así desde el punto de vista artístico como desde el arqueológico é histórico.

El cuerpo de la estatua, sin dejar de ser correcto, no ofrece nada de particular que no pueda verse, en mejores condiciones todavía, en otras esculturas; pero la cabeza es admirable, es una joya de inapreciable valor por lo perfecto de su ejecución y sobre todo por la expresión portentosa que en ella se advierte. El rostro, un tanto demacrado y pensativo, refleja el alma grande del que llevó á Roma al apogeo de su poderío; sus facciones parecen revelar la tempestuosa elaboración de un pensamiento altísimo. Aquella cara es realmente la cara de Augusto tal como la describe Suetonio, quien dice, hablando de él, que fué de belleza y elegancia singulares en todos los períodos de su vida, y que su rostro era tranquilo y sereno, sus ojos cla-



El negro Jack Johnson, vencedor

Un match de boxe sensacional en Reno (Estados Unidos). (Fotografías de Carlos Delius.)

En esta estatua no aparece Augusto, como en muchas otras, idealizado; no se nos presenta en ella como un semidiós, sino como un hombre real y verdadero. Es, pues, además de una obra de arte insigne, una imagen de aquel emperador que ofrece elementos nuevos y originales.

Gracias á las disposiciones del Sr. Parqui, director de las excavaciones de Roma, á la intervención del diputado Barnabei y á la resolución inmediatamente adoptada por la Dirección general de Bellas Artes, la estatua descubierta en el subsuelo de la calle Labicana, ha quedado en poder del Estado y actualmente se halla en el Museo de las Termas, que cada día se enriquece con nuevos tesoros artísticos y arqueológicos.

UN MATCH DE BOXE SENSACIONAL

Desde hacía muchas semanas los yanquis aficionados á la brutal lucha del boxe esperaban con impaciencia vivísima el match que había de efectuarse entre dos famosos boxeadores: el americano Jim Jeffries, campeón del mundo, y el negro Jack Johnson. El espectáculo debía celebrarse en San Francisco y todo estaba allí preparado cuando un decreto del gobernador del Estado invitó á los dos luchadores á escoger otra ciudad para teatro de sus hazañas. Pronto se encontró población á propósito, San Reno, en el Estado de Nevada, y en pocos días se levantaron enormes tribunas que podían contener hasta 24.000 espectadores y el precio de cuyos asientos variaba entre 10 y 40 dólares.

Jeffries, excaudero, cuenta treinta y cinco años, pesa 99 kilogramos 600 gramos y su estatura es de 1'84 metros. A la edad de veintinueve años abandonó su oficio para dedicarse al boxe y en 1904, después de haber derrotado á los más célebres campeones sin haber sido vencido una sola vez, se retiró con una fortuna de muchos millones cediendo su título de campeón del mundo á Tony Burns.

Johnson, que tiene treinta y un años, pesa 102 kilogramos y mide 1'88 metros de estatura, debutó en 1901 y ha alcanzado muchos y muy grandes triunfos aunque, menos afortunado que Jeffries, ha sido vencido dos veces. Ultimamente derrotó á Burns, campeón del mundo por delegación de Jeffries, y entonces éste se consideró obligado á salir momentáneamente de su retiro, así para vengar á su protegido, como para volver por el prestigio de los boxeadores blancos, muy comprometido por las ruidosas victorias de los negros Johnson, Joe Jeannette y Sam Mac Vea.

Con estos antecedentes se comprende el interés que despertaba la lucha entre Jeffries y Johnson, lucha que era ya no sólo de dos boxeadores sino de dos razas; y este interés, traducido en apuestas, representaba millones de dólares. Para dar idea de las enormes cantidades que se cruzaron bastará decir que la parte correspondiente á los luchadores era: 750.000 francos para Jeffries si vencía y 500.000 si era derrotado; 675.000 francos para Johnson, en caso de ser vencedor, y de 25.000, en caso de ser vencido.

El match se efectuó el día 24 de este mes ante más de 20.000 espectadores; los ataques fueron rudos; los golpes, brutales. Al décimoquinto round, Jeffries era derribado definitivamente y el jurado proclamaba su derrota.

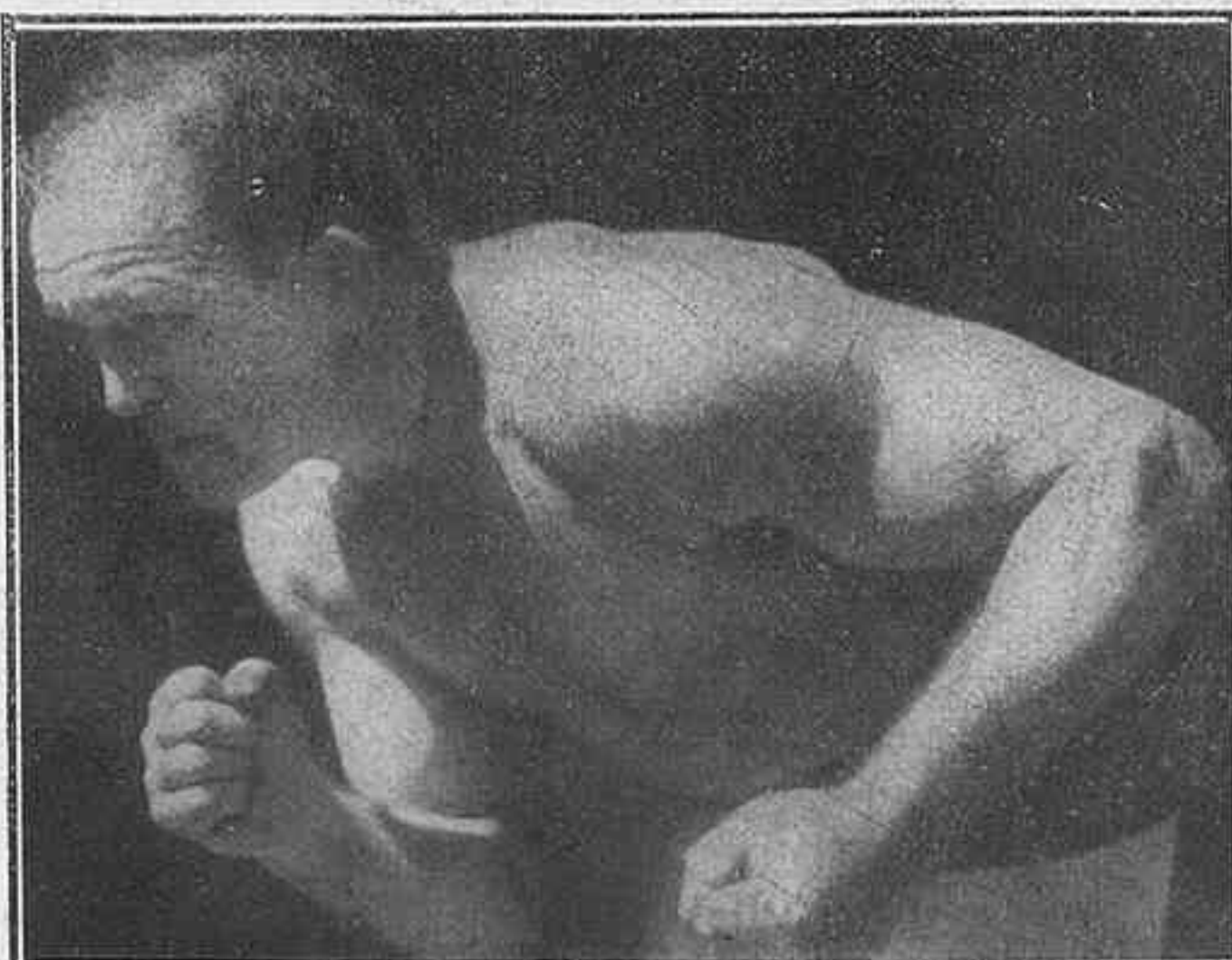
Como consecuencia de esta lucha ha habido en muchas poblaciones de los Estados Unidos sangrientas colisiones entre blancos y negros de las cuales han resultado algunos muertos y gran número de heridos.

BARCELONA. - MONUMENTO A FONTOVA

Aunque tarde, al fin ha pagado Barcelona la deuda que tenía con uno de sus hijos más preclaros, con una de sus glorias más legítimas, con el eminente actor León Fontova. Veinte años hace que murió éste y hasta ahora nuestra ciudad le había tenido oficialmente en imperdonable olvido; desde hoy, gracias á la iniciativa del ilustre dramaturgo Ignacio Iglesias, acogida con entusiasmo por el Ayuntamiento, un monumento, más sencillo de lo que Fontova merece, pero monumento al fin, perpetuará la memoria del que fué, en su tiempo, no sólo el actor por autonomasia del teatro catalán, sino una eminencia de la escena que más que sus propios paisanos admiraron los más famosos actores extranjeros.

El monumento, obra del distinguido escultor Sr. Gargallo, álzase entre los jardines de nuestro Parque, en sitio sumamente pintoresco y bello, y es elegante dentro de su sobriedad y sencillez: el busto de Fontova, de gran parecido y de notable expresión, descansa sobre un pedestal de esbeltas líneas; en el pedestal la inscripción «Barcelona al gran actor León Fontova. 1838-1890. - 1910;» al pie, un ángel acariciando la carátula de la comedia.

Al acto inaugural, que presidió el alcalde Sr. Roig y Ber-



El blanco Jim Jeffries, vencido

pués de descubierto éste la comitiva oficial se dirigió al Palacio de Bellas Artes, cuyo salón central, enteramente lleno, ofrecía un hermoso aspecto.

Comenzó la ceremonia con un bello discurso de Ignacio Iglesias ofreciendo en nombre de la comisión el monumento al Ayuntamiento de Barcelona; hablaron luego el actor señor Mantua, en representación de la Sociedad de actores, señalando la importancia del acto que se celebraba; D. Conrado Fontova, por los autores catalanes, encomiando la personalidad artística del genial actor, y el Sr. Soler de las Casas, pidiendo para Fontova algo más que un busto, un verdadero monumento; el Sr. Gual, de la comisión, leyó una sentidísima carta de Conrado Fontova, en nombre de su familia residente en Buenos Aires, agradeciendo el homenaje que se tributaba á su padre; y finalmente el Sr. Roig y Bergadá en elocuentes frases



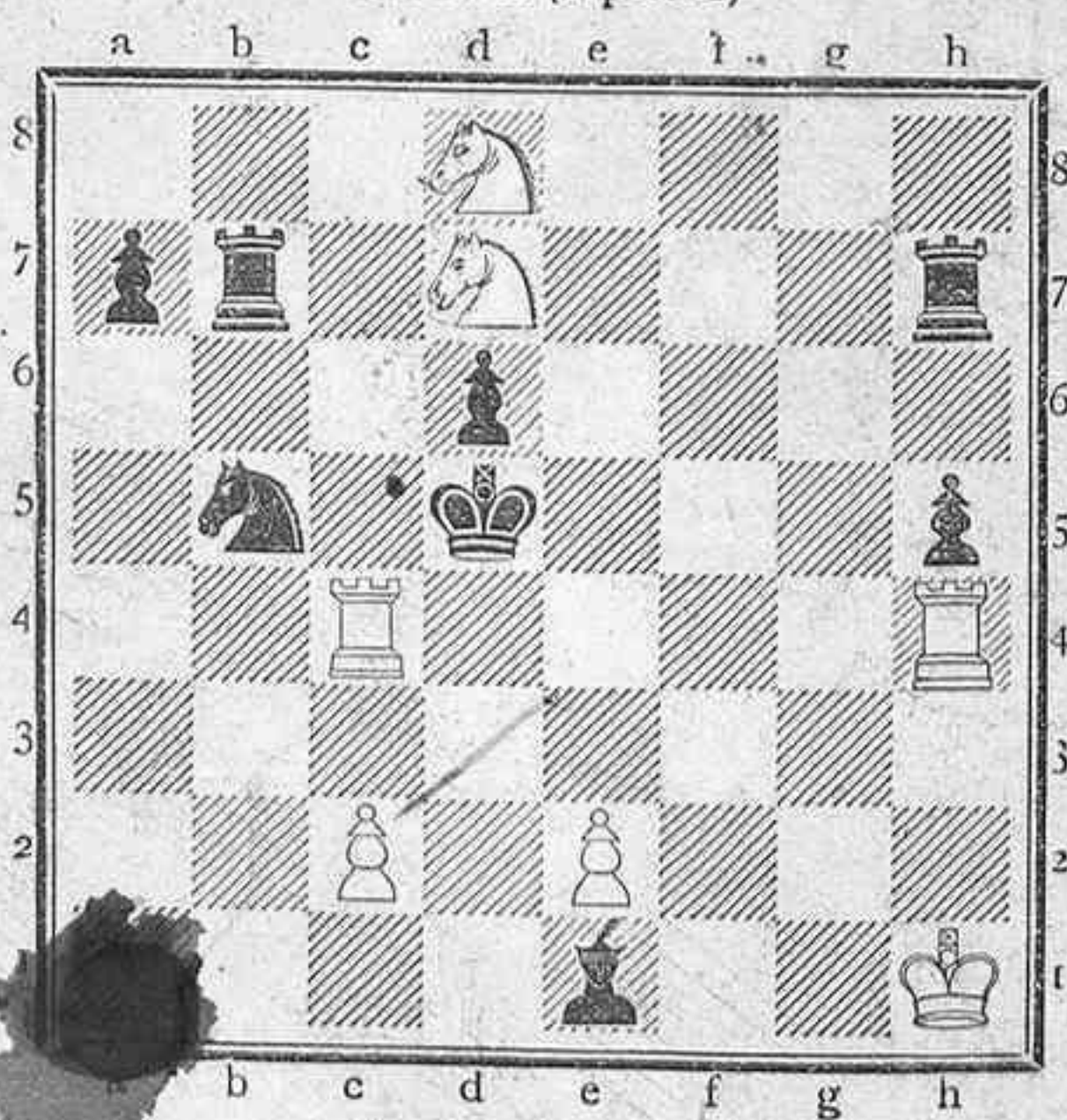
Barcelona. - Monumento á la memoria del eminente actor catalán León Fontova, inaugurado el día 10 de los corrientes. Obra de Gargallo. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

ensalzó la memoria de Fontova, se felicitó del acto que se celebraba y dió las gracias á cuantos á éste habían asistido. Terminó el acto ejecutando una pieza la banda municipal y cantando una bellísima composición el «Orfeo Barcelonés.»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 546, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 545, POR V. MARÍN

- | | |
|------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. c4-c5 | 1. Ag4-f5 |
| 2. Dd2-d3 | 2. AóTxD |
| 3. P mate. | |
| 1. | 1. Tc3-c2 |
| 2. Dd2-e2 | 2. AóTxD |
| 3. P mate. | |
| 1. | 1. Tc3-c1 |
| 2. Dd2-d1 | 2. AóTxD |
| 3. P mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|------------------------------|-------------------------|
| 1.... Ag4-e6 | 2. d4-d5, etc. |
| 1.... Ah6-g7 | 2. b2xc3, etc. |
| 1.... Ah6xg5 | 2. Dd2xg5, etc. |
| 1.... Otra jug. ^a | 2. Dd2-d3, e2, d1, etc. |

ros y brillantísimos, sus dientes ralos y pequeños, sus cabellos ligeramente rizados, sus cejas unidas, sus orejas regulares y su nariz algo prominente en su parte superior y en la inferior algo perfilada.

gadá, asistieron comisiones de entidades artísticas y literarias, poetas, autores dramáticos, el «Orfeo Barcelonés,» la banda municipal y un numeroso público. La lluvia impidió que la inauguración se efectuase junto al monumento; así es que des-

EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO

NOVELA ESCRITA POR GASTÓN LEROUX. — ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

—Soy periodista, caballero, redactor de *l'Époque* contestó mi joven amigo con gran copia de saludos y de cortesías, y tengo que decirle dos palabras al Sr. de Marquet.

—El Sr. de Marquet está muy ocupado con la sumaria...

—Le ruego á usted tenga á bien creer que la tal sumaria me es en absoluto indiferente... No soy un redactor de perros aplastados, declaró el joven Ruedelabola cuyo labio inferior expresaba en aquel momento infinito desprecio por la literatura de «suelos» y de «sucesos varios;» tengo á mi cargo el correo de teatros..., y como tengo que dar cuenta, esta noche, de la nueva revista de la Scala...

—Tómese la molestia de subir, caballero, se apresuró á decir el actuario.

Ya estaba Ruedelabola en el compartimiento. Le seguí. Me senté á su lado, y el actuario subió á su vez y cerró la portezuela.

El Sr. de Marquet miraba á su actuario.

—¡Oh!, señor mío, comenzó diciendo Ruedelabola, no guarde usted rencor á este buen señor, si ha cedido á mi insistencia; no es al Sr. de Marquet á quien deseo tener la honra de hablar: es al Sr. *Castigat Ridendo*... Permítame que, como crítico teatral en *l'Époque*, felicite á usted...

Y Ruedelabola, que había comenzado por presentarme, se presentó después.

Con gesto inquieto el Sr. de Marquet acariciaba su barba puntiaguda. En pocas palabras manifestó á Ruedelabola que era él harto modesto autor para desear que se descorriera el velo que ocultaba su nombre, y esperaba que el entusiasmo del periodista por la obra del dramaturgo no llegaría hasta anunciar á las gentes que el tal *Castigat Ridendo* era, ni más ni menos, el juez de instrucción de Corbeil.

—La obra del autor dramático podría ser nociva, añadió al cabo de ligera vacilación, á la obra del magistrado..., sobre todo en provincia, en donde todavía impera la rutina...

—Desde luego cuente usted con mi discreción, exclamó Ruedelabola alzando al cielo las manos, como para tomarlo por testigo de sus leales intenciones.

Se puso en marcha el tren...

—¡Nos marchamos!, hizo notar el juez de instrucción, sorprendido de ver que viajábamos con él.

—Sí, caballero, la verdad se pone en camino..., dijo con amable sonrisa el reportero..., camino del castillo del Glandier... ¡Hermoso asunto, Sr. de Marquet, hermoso asunto!..

—¡Obscuro asunto! Increíble, insondable, inexplicable asunto... Y sólo una cosa temo Sr. Ruedelabola... Y es que se les antoje á los periodistas explicarla...

Mi amigo comprendió.

—Sí, contestó simplemente, eso es de temer... En todo se meten... Yo, por mi parte, si le hablo á usted de eso, es únicamente porque la pura casualidad me ha puesto frente á usted, en el mismo tren, y casi en su propio compartimiento.

—Pues, ¿adónde va usted?, preguntó el señor de Marquet.

—Al castillo del Glandier, contestó Ruedelabola sin pestañear.

El Sr. de Marquet botó sobre su asiento,

—¡Pues no penetrará usted en él, Sr. Ruedelabola! —¿Qué, se opone usted á ello?, preguntó mi amigo, ya en actitud de combate.

de revólver, dijo Ruedelabola dirigiéndome una mirada de triunfo...

El Sr. de Marquet pareció muy preocupado.

—¡No he dicho nada, no quiero decir nada, no diré nada! Y se volvió hacia su actuario, como si no nos conociese...

Pero no era tan fácil verse libre de Ruedelabola. Se acercó éste al juez de instrucción, y enseñándole el *Matin*, que sacó de su bolsillo, le dijo:

—Una cosa hay, señor juez de instrucción, que puedo preguntarle á usted sin cometer indiscreción alguna. ¿Ha leído usted el relato del *Matin*? ¿Verdad que es absurdo?

—No me parece tal.

—¡Cómo! ¡El *Cuarto Amarillo* sólo tiene una ventana protegida por una reja cuyos barrotes no han sido arrancados, y una puerta que ha sido forzada..., y no ha sido habido el asesino!

—¡Así es, señor mío, así es!.. Así es como se presenta ese asunto...

Ruedelabola no dijo nada más y quedó pensativo... Transcurrió un cuarto de hora.

Cuando salió de su ensimismamiento, dijo, dirigiéndose aún al juez de instrucción:

—¿Cómo era el peinado que llevaba, la noche antes, la señorita Stangerson?

—No comprendo, contestó el Sr. de Marquet.

—Lo que pregunto es de suma importancia, replicó Ruedelabola. *¿El pelo alisado sobre los lados, verdad? Tengo la seguridad de que tal era su peinado, la noche del drama.*

—Pues sepa, Sr. Ruedelabola, que está usted en un error. La noche aquella, la señorita Stangerson llevaba el pelo completamente recogido sobre la cabeza... Y tal debe de ser su peinado habitual: la frente descubierta..., puedo afirmárselo á usted, porque estuvimos examinando largo tiempo la herida. No había sangre en el pelo, y, desde el atentado, el peinado está como estaba.

—¿Está usted seguro..., seguro de que la señorita Stangerson no llevaba el pelo alisado sobre las sienes cuando intentaron asesinarla?..

—Segurísimo, prosiguió el juez sonriéndose; justamente, aún estoy oyendo al médico decirme mientras examinaba yo la herida: «Lástima que esta señorita no acostumbrara á cubrirse las sienes con su pelo; pues, de haber sido así, el golpe se habría amortiguado.» Y, ahora, he de decirle á usted que me parece extraño que conceda importancia...

—¡Oh!, si no llevaba el pelo como digo, gimio Ruedelabola, ¿adónde vamos?, ¿adónde vamos? Es menester que me informe.

É hizo un gesto que expresaba su inquietud.

Todavía preguntó:

—La herida de la sien es terrible, ¿verdad?

—Terrible.

—Pero, en definitiva, ¿con qué arma ha sido hecha?

—Esto, señor mío, es el secreto de la instrucción.

—¿Ha podido usted encontrarla?

El juez no contestó.

—¿Y la herida de la garganta?

Sobre esto, el juez instructor tuvo á bien confiar que la herida de la garganta era de tal índole, que bien podía afirmarse, según parecer de los médicos, que, de haber el asesino apretado dicha garganta unos segundos más, la señorita Stangerson moría estrangulada.



El reportero Pepe Ruedelabola

—¡No por cierto! Les tengo harto cariño á la prensa y á los periodistas para molestarles en lo más mínimo; pero el Sr. Stangerson no permite que entre nadie en su casa. Y tan bien guardada está, que ni siquiera un periodista pudo franquear ayer la verja del Glandier.

—Me alegro, contestó Ruedelabola, luego á tiempo. El Sr. de Marquet encogió sus labios y pareció dispuesto á no decir una palabra más. Únicamente se ablandó un poco al decirle Ruedelabola que íbamos al castillo para ver «á un antiguo é íntimo amigo,» refiriéndose al Sr. Darzac, á quien quizá sólo una vez en su vida había visto.

—¡Pobre Roberto!, prosiguió el joven reportero..., ¡Pobre Roberto!, lo creo capaz de morir de pena... ¡Quería tanto á la señorita Stangerson!..

—Realmente, da tristeza ver á ese desgraciado Sr. Darzac..., dejó escapar, como á pesar suyo, el señor de Marquet.

—Pero hay que esperar que podrán los médicos salvar la vida de la señorita Stangerson...

—Esperémoslo... Ayer mismo me decía su padre, que, de morir su hija, no tardaría él en seguirla... ¡Qué incalculable pérdida para la ciencia!

—La herida de la sien es grave, ¿verdad?

—Desde luego; pero, ¡qué suerte que no haya sido mortal!.. ¡El golpe fué dado con una fuerza!..

—De modo que la herida no es una herida de bala

—El asunto, tal como lo presenta el *Matin*, repuso el obstinado Ruedelabola, me parece cada vez más inexplicable y también más absurdo. ¿Puede usted decirme, señor juez, cuántas puertas y ventanas tiene el pabellón?

—Cinco, contestó el Sr. de Marquet, después de haber tosido dos ó tres veces, pero sin poder resistir al deseo que tenía de poner de manifiesto todo el increíble misterio del asunto cuya instrucción estaba á su cargo. Cinco, incluso la puerta del vestíbulo, única puerta de entrada del pabellón, puerta que siempre cierra automáticamente, y que no puede ser abierta, ya desde fuera, ya desde dentro, sino por medio de dos llaves especiales que nunca se apartan del tío Santiago y del Sr. Stangerson. La señorita Stangerson no necesita llave, puesto que Santiago no se mueve del pabellón, y que, durante el día, la joven está con su padre. Cuando, después de derribar la puerta, se precipitaron los cuatro en el *Cuarto Amarillo*, la puerta de entrada del vestíbulo seguía cerrada como de costumbre, y las dos llaves de dicha puerta estaban: una en el bolsillo del Sr. Stangerson, y la otra, en el del tío Santiago. En cuanto á las ventanas del pabellón, hay cuatro: la única del *Cuarto Amarillo*, las dos del laboratorio, y la del vestíbulo. La del *Cuarto Amarillo* y las del laboratorio dan al campo; únicamente, la del vestíbulo da al parque.

—¿Por esa ventana se escapó del pabellón!, exclamó Ruedelabola.

—¿Cómo lo sabe usted?, interrogó el Sr. de Marquet fijando una extraña mirada sobre mi amigo.

—Más tarde veremos cómo se ha escapado del *Cuarto Amarillo* el asesino, replicó Ruedelabola, pero ha debido salir del pabellón por la ventana del vestíbulo...

—Repito que ¿cómo lo sabe usted?

—Pues, muy sencillo. No pudiendo escaparse por la puerta del pabellón, tenía que pasar por una ventana que no tenga reja. La ventana del *Cuarto Amarillo* tiene reja, porque da al campo; y lo mismo, y por idéntica razón, debe ocurrir con las dos del laboratorio. Puesto que el asesino se ha escapado, imagino que ha dado con una ventana sin reja, la cual será la del vestíbulo, que da al parque, es decir, al interior de la finca. No hay que ser brujo para adivinar semejante cosa...

—No niego, contestó el Sr. de Marquet, pero lo que no podía usted adivinar es que esa ventana del vestíbulo, que, en efecto, es la única que no está protegida por una reja, lo está por sólidos postigos de hierro. Ahora bien, esos postigos de hierro han quedado cerrados en el interior por su aldabilla de hierro, y, no obstante, tenemos la prueba de que el asesino ha salido del pabellón por esa misma ventana... Rastros de sangre en la pared, en el interior y sobre los postigos de hierro, y pasos sobre la tierra, pasos enteramente semejantes á aquellos cuyas dimensiones he tomado yo en el *Cuarto Amarillo*, atestiguan que por allí salió el asesino. Pero, en ese caso, ¿de qué medios se ha valido, puesto que los postigos de hierro han quedado cerrados por dentro? Ha pasado como una sombra á través de esos postigos. Y, finalmente, lo que más trastorna la razón, ¿no es el haber encontrado rastro del asesino en el momento de huir del pabellón, siendo así que es imposible imaginar cómo pudo salir del *Cuarto Amarillo*, ni cómo atravesó, por fuerza, el laboratorio para llegar hasta el vestíbulo? Crea usted, Sr. Ruedelabola, que este asunto es en verdad pasmoso... Es un asunto como hay pocos; y espero que mucho tiempo ha de pasar antes de que se dé con la explicación...

—¿Qué es lo que espera usted, señor juez?..

El Sr. de Marquet rectificó:

—... No lo espero... Lo creo...

—Así, pues, ¿alguien cerró la ventana por dentro después de la huida del asesino?, preguntó Ruedelabola.

—¡Pues claro! Esto es lo que, por ahora, me parece natural, aunque inexplicable..., pues sería necesario un cómplice ó cómplices..., y no los veo...

Después de un silencio, añadió:

—¡Ah, si estuviera hoy la señorita Stangerson en estado de ser interrogada!..

Ruedelabola, por completo entregado á sus pensamientos, preguntó:

—¿Y el desván? Debe de haber una abertura en el desván...

—Sí; no la había yo contado, en efecto; así resultan seis aberturas; allá arriba hay una ventanita, y, como da al exterior de la propiedad, el Sr. Stangerson le ha hecho poner una reja. Bien, pues tanto en esa ventana como en las de la planta baja, los barrotes han quedado intactos, y los postigos, que naturalmente, se abren por dentro, han quedado cerrados por dentro. Además, nada hemos descubierto que

pueda hacernos sospechar que el asesino haya estado en el desván.

—¿De manera que, para usted, señor juez de instrucción, está fuera de duda que el asesino ha huído, sin que se sepa cómo, por la ventana del vestíbulo?

—Todo lo prueba...

—También yo creo lo mismo, asintió con calma Ruedelabola.

Hubo un silencio, y luego prosiguió el reportero gravemente:

—Si no ha encontrado usted rastro alguno del asesino en el desván, como, por ejemplo, esos pasos negruzcos que se notan en el entarimado del *Cuarto Amarillo*, debe usted suponer que no es él quien ha robado el revólver del tío Santiago...

—En el desván no hay más rastros que los del tío Santiago, dijo el juez alzando la cabeza de modo significativo...

Y se decidió á completar su pensamiento:

—El tío Santiago estaba en compañía del señor Stangerson..., felizmente para él...

—Entonces, ¿cómo explicar el papel desempeñado en el drama por el revólver del tío Santiago? Porque parece bien demostrado que esa arma hirió, no á la joven sino al asesino...

Sin contestar á esta pregunta, que sin duda le embarazaba, el Sr. de Marquet nos dijo que las dos balas habían sido encontradas en el *Cuarto Amarillo*; una en una pared, la pared en que se veía la mano roja, una mano roja de hombre, y la otra en el techo.

—¡Hola, hola, en el techo!, repitió á media voz Ruedelabola... ¡En el techo! ¡Eso sí que es curioso, en el techo!..

Se puso á fumar en silencio, envolviéndose en humo. Cuando llegamos á Epinay sur-Orge, tuve que darle un golpecito en el hombro para hacerlo volver á la realidad. Bajamos.

En el andén, el magistrado y el actuario nos saludaron, haciéndonos así comprender que deseaban perdersen de vista. Y subieron rápidamente á un coche que les estaba esperando.

—¿Cuánto tiempo es menester para ir desde aquí al castillo del Glandier?, preguntó Ruedelabola á un empleado de la estación.

—Hora y media; hora y tres cuartos sin darse mucha prisa.

Miró Ruedelabola al cielo, y sin duda le gustó, pues cogiéndome del brazo me dijo:

—¡Andando!.. Necesito hacer ejercicio.

—¿Y qué, va usted viendo claro?, le pregunté.

—No del todo; es más, la cosa se complica. Verdad es que tengo una idea.

—Díjala.

—No, por ahora no puedo decir nada... Mi idea es cuestión de vida ó muerte para dos personas cuando menos.

—¿Cree usted en cómplices?

—No.

Guardamos silencio durante un momento, y luego prosiguió:

—Gran suerte ha sido el hallar á ese juez y á su actuario... ¿Qué le decía yo á usted de lo del revólver?..

Andaba con la frente inclinada hacia la carretera, metidas las manos en los bolsillos, y silbando de vez en cuando. Al cabo de unos minutos le oí murmurar entre dientes:

—¡Pobre mujer!..

—¿Es á la señorita Stangerson á quien compadece usted?

—Sí, es una nobilísima mujer, y muy digna de compasión... Es un carácter, un gran carácter... Supongo... Supongo...

—Por lo visto ¿usted conoce á la señorita Stangerson?..

—¿Yo?, no... Sólo una vez la he visto...

—¿Por qué dice usted: es un gran carácter?

—Porque supo hacerle frente al asesino, porque se defendió con valor, y sobre todo, sobre todo, por la bala en el techo.

Miré á Ruedelabola, preguntándome *in petto* si no se burlaba completamente de mí ó si no se había vuelto loco, de repente. Pero bien claramente comprendí que nunca había hablado más en serio aquel joven; el brillo inteligente de sus ojillos redondos me tranquilizó sobre el estado de su razón. Además, estaba yo un tanto acostumbrado á sus digresiones, con frecuencia interrumpidas por mí por no hallar yo en ellas más que incoherencia y misterio, hasta el momento en que, por medio de algunas frases rápidas y precisas, me ponía de manifiesto el hilo de su pensamiento. Entonces, todo se alumbraba de repente: las palabras dichas por él y que me parecían carecer de sentido, se enlazaban con facilidad y lógica tales, que no podía yo comprender cómo no había comprendido antes.

IV

«EN EL SENO DE UNA NATURALEZA SILVESTRE»

El castillo del Glandier es uno de los más antiguos de ese país de Ile-de-France, en donde todavía se yerguen tantas ilustres piedras del tiempo del feudalismo. Levantado en medio de una selva por Felipe el Hermoso, aparece á unos centenares de metros del camino que va de Sainte-Geneviève-des-Bois á Montlhery. Conjunto de construcciones disparatadas, domínalo un castillejo. Cuando el visitante, después de haber subido los inseguros peldaños de ese antiguo castillejo, desemboca en la plataforma en que, en el siglo xvii, Jorge Filiberto de Sequigny, señor del Glandier, Maisons-Neuves y otros lugares, hizo edificar la linterna actual, muy fea por cierto, ve, á unas tres leguas, por encima del valle y del llano, la orgullosa torre de Montlhery. Castillejo y torre se siguen mirando, al cabo de tantos siglos, y parecen contarse, por encima de las verdes florestas ó de los talados bosques, las más antiguas leyendas de la historia de Francia. Dicese que el castillejo del Glandier vela sobre una sombra heroica y santa: la de la buena patrona de París, ante quien retrocedió Atila. Allí, en las antiguas duelas del castillo, duerme Santa Geneveva su último sueño. En verano, los enamorados, de cuya mano cuelga una cesta llena de provisiones para comer sobre la hierba, vienen á soñar ó á hacerse promesas de eterno amor ante la tumba de la santa, piadosamente florecida de miosotis. No lejos de esa tumba hay un pozo que, según dicen, contiene agua milagrosa. El agradecimiento de las madres ha levantado en ese sitio una estatua á Santa Geneveva, colgando bajo sus pies prendas de niños salvados por dicha agua.

Semejante sitio, que parecía haber de pertenecer por completo al pasado, fué el elegido por el profesor Stangerson y por su hija para preparar la ciencia del porvenir. Su soledad en plena selva les había gustado desde el primer momento. No habrían de tener allí, como testigos de sus esfuerzos y de sus esperanzas, más que piedras antiquísimas y robles casi tan antiguos. El Glandier, antes *Glandierum*, se llamaba así por las muchísimas bellotas (*glands*, en francés) que, en todo tiempo, habían sido recogidas en aquel sitio. Dicha tierra, hoy tristemente célebre, había reconquistado, merced á la negligencia ó al abandono de sus moradores, el aspecto silvestre de una naturaleza primitiva; únicamente, las construcciones que en ellas se ocultaban habían conservado rastros de extrañas metamorfosis. Cada siglo había dejado su huella en aquellos muros: cierto trozo de arquitectura al cual iba unido el recuerdo de algún acontecimiento terrible, de alguna sangrienta aventura; y tal como estaba, aquel castillo, hoy refugio de la ciencia, parecía designado para servir de teatro á misterios de espanto y de muerte.

Dicho esto, no puedo por menos de manifestar una reflexión. Y es la siguiente:

Si he dedicado sobrados renglones á la triste pintura del Glandier, no es porque haya hallado en él una ocasión dramática para «crear la atmósfera» necesaria á los dramas que van á desarrollarse bajo las miradas del lector; en verdad que mi primer cuidado, en todo este relato, será el de resultar lo más sencillo posible. No tengo la pretensión de ser un autor. Quien dice: autor, dice siempre, en cierto modo, novelista. Pero el misterio del *Cuarto Amarillo* contiene en sí harto trágico horror verdadero, sin que sea necesario revestirlo de «literatura.» No soy yo ni quiero ser más que un fiel narrador. Debo decir lo ocurrido, y lo único que hago es dar un marco al suceso; pues me parece muy natural que sepa el lector dónde ocurren los acontecimientos que para él relatamos.

Vuelvo al Sr. Stangerson. Cuando compró dicha finca, unos quince años antes del drama que nos ocupa, hacía ya tiempo que el Glandier no estaba habitado. Otro antiguo castillo, en las cercanías, edificado en el siglo xiv por Juan de Belmont, estaba igualmente abandonado, de tal suerte que estaba casi inhabitado el país. Algunas casuchas á orilla de la carretera que lleva á Corbeil, una posada, la posada del «Castillejo», la cual ofrecía hospitalidad á los carreteros: esto es todo, ó casi todo lo que recordaba la civilización en tan abandonada comarca, que resulta tan extraña por no distar más que algunas leguas de la gran capital. Semejante abandono era, precisamente, lo que había decidido al Sr. Stangerson y á su hija. El Sr. Stangerson era ya célebre; acababa de regresar de Norteamérica, en donde sus trabajos habían alcanzado gran resonancia. El libro publicado por él en Filadelfia sobre la *Disociación de la materia por las acciones eléctricas* había sublevado protestas del mundo sabio todo entero. El Sr. Stangerson era francés, pero de origen norteamericano. Importántí-

simos asuntos de una herencia lo habían retenido durante años en los Estados Unidos. Allí continuó una obra comenzada en Francia, y a ésta regresó para terminarla después de realizar una crecida fortuna, por haberse terminado sus procesos, ya por fallos a su favor, ya por felices transacciones. Dicha fortuna fué bien acogida por el Sr. Stangerson; pues él que, de haber querido, hubiera podido ganar millones de dólares explotando ó haciendo explotar dos ó tres de sus descubrimientos químicos referentes á nuevos procedimientos de tinte, había siempre rehusado poner al servicio de su propio interés el maravilloso don de *inventar* que recibió de la naturaleza. Pensaba que su genio no le pertenecía; lo debía á los hombres, y cuanto producía su genio caía, por voluntad expresa de tan filantrópico pensamiento, en el dominio público. Si no trató de disimular la satisfacción que le causaba la llegada de aquella inesperada fortuna que iba á permitirle entregarse, hasta el último día de su vida, á su pasión por la ciencia pura, también por otro motivo se alegraba el sabio profesor. Su hija tenía veinte años cuando, de regreso de Norteamérica, compró su padre el castillo. Era sumamente bonita; á la gracia parisiense de su madre, la cual falleció al nacer su hija, añadía la joven todo el esplendor, toda la riqueza de la sangre norteamericana de su abuelo paterno, Guillermo Stangerson. Éste, ciudadano de Filadelfia, había tenido que hacerse naturalizar como francés para obedecer á exigencias de familia, en vísperas de casarse con una francesa, que había de ser la madre del ilustre Stangerson. De esta manera se explica la nacionalidad francesa del profesor Stangerson.

Veinte años, adorablemente rubia, ojos azules, una tez como la leche, irradiante, sanísima, Matilde Stangerson era una de las más hermosas muchachas casaderas del antiguo y del nuevo continente. Era un deber en su padre, á pesar del previsto dolor de una inevitable separación, el pensar en ese matrimonio, y debió de serle grato el ver llegar la dote. Mas ello es que se enterró con su hija en el Glandier, justamente cuando esperaban sus amigos que presentara á Matilde en las reuniones de la buena sociedad. Algunos de ellos fueron á verle y le manifestaron su extrañeza. A las preguntas que le hicieron, el profesor contestó: «Tal es la voluntad de mi hija, y obedezco á sus deseos; ella es quien ha escogido el castillo de Glandier.» Interrogada á su vez, la joven respondió con serenidad: «¿Dónde podríamos trabajar mejor que en esa soledad?» Pues es de saber que la señorita Stangerson colaboraba ya á la obra de su padre; pero nadie pudo entonces sospechar que su pasión por la ciencia llegara hasta hacerle rehusar todas las proposiciones de matrimonio que, durante quince años, le fueron dirigidas. Por retirados que viviesen, todavía tenían, el padre y la hija, que asistir á algunas recepciones oficiales, y, en ciertas épocas del año, mostrarse en dos ó tres salones amigos, en donde la fama del padre y la belleza de la hija produjeron gran sensación. La extremada frialdad de la joven no desanimó al pronto á los pretendientes; pero sí acabaron por cansarse, al cabo de algunos años. Sólo uno persistió con suave tenacidad, mereciendo así ser llamado *el eterno novio*, título que aceptó con melancolía: era, dicho señor, Roberto Darzac. Ya no era muy joven la señorita Stangerson, y suponía la gente que, de no haber encontrado hasta entonces motivos para casarse, ya no los encontraría. Desde luego, tal argumento carecía de valor para el Sr. Darzac, puesto que no retiraba éste su candidatura. Las relaciones que mediaban entre ambos, más que noviazgo resultaban un solícito cariño de un hombre hacia una mujer de treinta y cinco años, soltera y que había manifestado no querer casarse.

De repente, unas cuantas semanas antes de los sucesos que nos ocupan, corrió la voz, en París de que por fin consentía Matilde en casarse con el Sr. Darzac; pero nadie creyó en tal cosa; fué preciso que el propio interesado no desmintiera la noticia, para que se decidiera la gente á creerla. Y, finalmente, un día, al salir de la Academia de Ciencias, el Sr. Stangerson tuvo á bien anunciar que el matrimonio de su hija y de Roberto Darzac se efectuaría tan pronto como la joven y él terminaran un informe que resumía los trabajos de ambos sobre la *Disociación de la materia*, es decir, la vuelta de la materia al éter. Los recién casados vivirían en el Glandier, aportando el yerno su colaboración á la obra á la que padre é hija habían consagrado su vida.

Aún era reciente la noticia, cuando se supo el asesinato de la señorita Stangerson en las condiciones fantásticas que hemos enumerado y que nuestra visita al castillo va á permitirnos precisar más aún.

No he titubeado en suministrar al lector todos los detalles retrospectivos de que yo tenía conocimiento merced á mis relaciones profesionales con Roberto

Darzac, deseoso de que, al poner el pie en el umbral del *Cuarto Amarillo*, *estuviese el lector tan documentado como yo.*

V

EN EL QUE PEPE RUEDELABOLA DIRIGE Á ROBERTO DARZAC UNA FRASE QUE PRODUCE CIERTO EFECTO

Seguíamos desde hacía unos minutos, Ruedelabola y yo, un muro que cercaba la extensa finca del señor Stangerson, y ya veíamos la verja de la entrada principal, cuando nuestra atención fué solicitada por un personaje que, medio encorvado sobre la tierra, de tal manera parecía preocupado que no nos vió llegar. Tan pronto se inclinaba, tocando casi el suelo, tan pronto se enderezaba, mirando atentamente el muro; otras veces miraba al hueco de su mano derecha, dando después largas zancadas: y luego corría, mirando de nuevo al hueco de su mano. Ruedelabola me había detenido con un gesto.

—¡Silencio! ¡Ahí está Federico Larsán trabajando!.. No le molestemos.

Profesaba mi amigo gran admiración por el célebre policía. Yo, nunca había visto á Federico Larsán, pero le conocía mucho de reputación.

El asunto de las barras de oro de la Casa de la Moneda, desembrollado por él cuando ya todo el mundo se declaraba vencido, y la detención de los que habían forzado las cajas de caudales del Crédito Universal, habían casi popularizado su nombre. En época en que Pepe Ruedelabola no había dado aún pruebas de su extraordinario talento, pasaba Larsán por ser el único capaz de desenredar las más enredadas madejas de atentados criminales; su reputación era universal, y con frecuencia las policías de Londres ó de Berlín, y hasta de Norteamérica pedían su ayuda cuando los más hábiles detectives nacionales habían agotado los recursos de su imaginación. A nadie extrañará, pues, que desde los comienzos del misterio del *Cuarto Amarillo* se le ocurriera al jefe de la seguridad telegrafiar á su notable subordinado, quien por entonces se hallaba en Londres siguiendo un asunto de títulos de renta robados. «Regrese en seguida,» decía el telegrama. Larsán, á quien en la Seguridad llamaban el gran Fred, se había puesto inmediatamente en camino, sabiendo sin duda por experiencia que si le llamaban era porque sus servicios se estimaban muy necesarios; y por eso lo encontramos *ya trabajando*, aquella mañana, Ruedelabola y yo. No tardamos en saber en qué consistía la ocupación del famoso inspector.

Lo que no cesaba de mirar éste en el hueco de su mano derecha, era su reloj, y parecía estar muy ocupado en contar minutos. Después volvió pies atrás, de nuevo echó á correr y no se detuvo hasta la verja del parque; consultó su reloj, lo metió en el bolsillo, y se encogió de hombros con gesto descorazonado, empujó la verja, entró en el parque, cerró la verja con llave, alzó la cabeza, y, por entre los barros, nos vió. Ruedelabola acudió presuroso á él, y yo le seguí. Larsán nos esperaba.

—D. Federico, dijo Ruedelabola descubriéndose y demostrando un respeto basado en la sincera admiración que sentía el joven por el célebre policía, ¿podría usted decirnos si está en este momento en el castillo D. Roberto Darzac? Este señor, amigo mío y abogado, desearía hablarle.

—Lo ignoro, señor Ruedelabola, contestó Larsán estrechando la mano de mi amigo, pues más de una vez había tenido ocasión de verse con él en el transcurso de sus más difíciles pesquisas... No le he visto.

—Los porteros nos informarán, dijo Pepe designando una casita de ladrillos, cuya puerta y ventanas estaban cerradas, en donde residían aquellos fieles guardianes de la finca.

—Nada podrán decir á ustedes los porteros, señor Ruedelabola.

—¿Pues?

—Porque, desde hace media hora, están arrestados...

—¡Arrestados!, exclamó Pepe... ¿Qué, son ellos los asesinos?..

El policía se encogió de hombros.

—Cuando no puede uno, dijo con aire de suprema ironía, arrestar al asesino, siempre queda el recurso de descubrir cómplices.

—¿Es usted quien los ha hecho arrestar D. Federico?

—¿Yo? ¡Hombre, no! No los he hecho arrestar, primero porque tengo la casi persuasión de que para nada han intervenido en el asunto, y, además, porque...

—¿Porque qué?, interrogó con ansia Pepe.

—Porque..., nada..., contestó Larsán.

—¿Porque no hay cómplices!, añadió Pepe.

El policía se detuvo y miró al reportero con marcado interés.

—¡Hola, hola! Por lo visto tiene usted una idea sobre el asunto... Sin embargo, nada ha visto usted, joven..., aún no ha penetrado usted aquí...

—Pues penetraré.

—Lo dudo... A nadie dejan entrar.

—Penetraré aquí si hace usted que vea á Roberto Darzac... Hágame ese favor... Ya sabe usted que somos antiguos amigos..., Sr. Larsán..., por favor... Recuerde el hermoso artículo que le hice cuando las «barras de oro.» Una palabrita de usted al señor Darzac.

Graciosa en verdad resultaba la cara de Ruedelabola en aquel momento. Reflejaba tan irresistible deseo de franquear aquel umbral detrás del cual ocurría algún prodigioso misterio; suplicaba con tal elocuencia, no sólo con la boca y los ojos, sino con todas sus facciones, que no pude contener la risa, y lo mismo le ocurrió á Larsán.

Pero, detrás de la verja, el policía metió tranquilamente la llave en su bolsillo. Lo examiné.

Podía tener unos cincuenta años. Su cabeza era hermosa, con pelo entrecano; tez mate y perfil duro; la frente era prominente; no llevaba barba ni bigote; el dibujo de los labios era fino; los ojos, más bien pequeños, y redondos, fijaban con mirada registradora que extrañaba é inquietaba. Era de mediana estatura, bien proporcionado; el aspecto general era elegante y simpático. Nada en él denotaba el policía vulgar. Era un gran artista en su género; lo sabía, y uno se daba cuenta de que él que tenía elevada idea de sí mismo. El tono de su conversación delataba al escéptico y al desengañado. Su extraña profesión le había hecho conocer tantos crímenes, que resultaría inexplicable que no le *hubiese endurecido un tanto los sentimientos*, según original expresión de Pepe.

Larsán volvió la cabeza al ruido de un coche que detrás de él llegaba. Reconocimos el vehículo en el que, en la estación de Epinay, habían subido el juez de instrucción y su actuario.

—¿No deseaba usted hablar á Roberto Darzac? ¡Pues ahí lo tiene usted!, exclamó Larsán.

Ya estaba el coche en la verja, y Roberto Darzac pedía á Larsán que le abriera la entrada del parque, diciéndole que tenía mucha prisa y que apenas tenía tiempo suficiente para llegar á Epinay y tomar el primer tren con dirección á París, cuando me reconoció. Mientras Larsán abría la verja, el Sr. Darzac me preguntó qué era lo que me llevaba á aquel sitio en momento tan trágico. Entonces noté que estaba muy pálido y que su rostro denotaba hondísima pena.

—¿Está algo mejor la señorita Stangerson?, pregunté inmediatamente.

—Sí, contestó. Quizá la salven. Es menester que la salven.

No añadió: «Si no, me moriría yo de pena,» pero su trastorno expresaba este pensamiento.

Entonces intervino Pepe:

—Caballero, tiene usted mucha prisa. Y, no obstante, es preciso que le hable á usted. Necesito decirle algo importantísimo.

Larsán interrumpió:

—¿Puedo dejarles á ustedes?, preguntó á Roberto. ¿Tiene usted llave, ó desea que le deje ésta?

—Gracias, tengo llave. Cerraré la verja.

Larsán se alejó rápidamente dirigiéndose al castillo, cuya masa imponente se divisaba á unos centenares de metros.

Darzac, con fruncimiento de cejas, manifestaba ya impaciencia. Presenté á Ruedelabola como siendo un excelente amigo; pero no bien supo Darzac que el joven era periodista, me miró con aire de marcado reproche, alegó la necesidad que tenía de estar en Epinay dentro de veinte minutos, saludó y dió un latigazo á su caballo. Mas ya Pepe, con asombro mío, había cogido las riendas y sujetado al caballo con vigoroso puño, mientras pronunciaba esta frase cuyo sentido no comprendía yo:

—*El presbiterio nada ha perdido de su encanto ni el jardín de su lozanía.*

No bien hubo pronunciado Ruedelabola estas palabras, vi que á Roberto le temblaban las piernas; aunque estaba ya muy pálido, palideció aún; sus ojos se fijaron con espanto en el joven, y en seguida bajó de su coche, visiblemente trastornado.

—¡Vamos, caballero! ¡Vamos!, dijo balbuceando.

Luego, repentinamente, repitió con una especie de furor:

—¡Vamos, caballero! ¡Vamos!

Y de nuevo anduvo el camino que conducía al castillo, sin pronunciar ya una palabra, mientras Pepe seguía, llevando del diestro al caballo. Dirigió algunas palabras al Sr. Darzac: no me contestó. Con la mirada interrogó á Pepe: no me vió.

(Se continuará.)

IMPORTANCIA INTERNACIONAL DEL TÚNEL ANDINO

En el Paso de la Cumbre, en la frontera que en el pico de los Andes, á 13.000 pies sobre el nivel del mar, separa á la Argentina de Chile, se levanta una sublime estatua, única en su género: El Cristo de los Andes. Moldeada



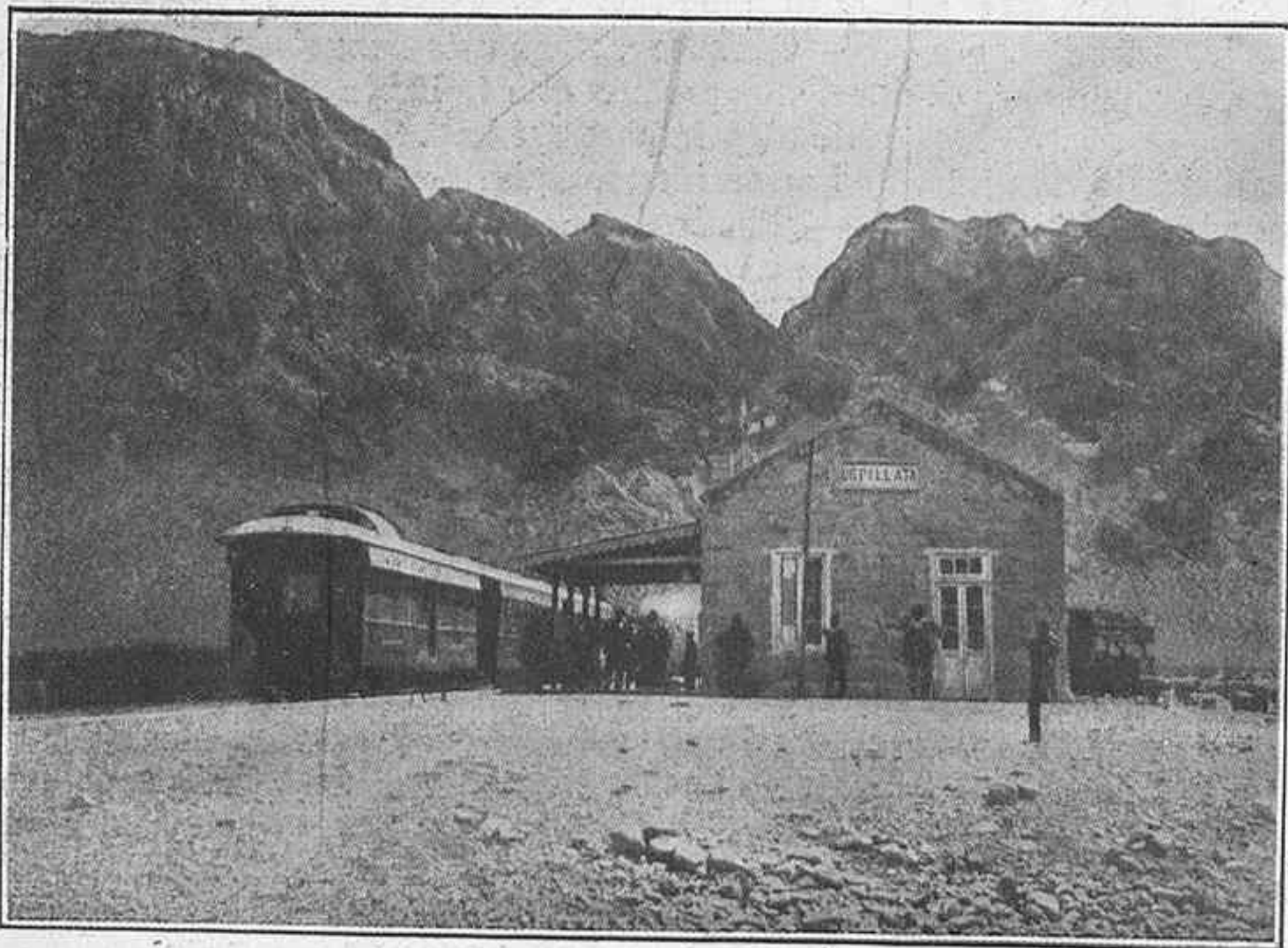
El Cristo de los Andes en el Paso de la Cumbre

Hermoso monumento de significación sublime y trascendental, como lo expresa la inscripción que se lee al pie del mismo: «Se desplomarán primero estas montañas antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada á los pies del Cristo Redentor.»

con bronce fundido de cañones chilenos y argentinos, fué colocada en el límite fronterizo de las dos naciones en marzo de 1904, como símbolo de la perpetua paz que desde entonces debía reinar entre ellas. Es una figura colosal de veintiséis pies de altura, colocada en una columna gigantesca rematada por un globo terráqueo. Con la mano izquierda sostiene una cruz y la derecha se levanta en actitud de bendecir. En la base hay dos placas, en una de las cuales se halla inscrita la historia del monumento, y en la otra las siguientes palabras:

«Se desplomarán primero estas montañas antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada á los pies del Cristo Redentor.»

No menos eficaz que los tratados y las promesas al Redentor para el mantenimiento de la armonía entre las naciones, será la apertura del túnel de los Andes, realizada en la mañana del 27 de noviembre de 1909, cuando los obreros del Ferrocarril Transandino, acercándose de ambos lados del túnel, tala-



La estación de Uspallata en el lado argentino de los Andes

Esta estación se halla situada á 5.600 pies sobre el nivel del mar y como en la mitad del camino entre Mendoza y la entrada argentina del túnel, en Las Cuevas

draron la última y débil pared que en el corazón de los Andes separaba á Chile de la Argentina.

Fué un obrero italiano, empleado por un ingeniero inglés de la compañía angloamericana que llevó á cabo el proyecto de dos hermanos chilenos, el que colocó la mecha para la demolición de la barrera roquiza y abrió una línea de comunicación que, según un periódico importante de los Estados Unidos, «cambiará probablemente las relaciones políticas en Sud-América y las condiciones comerciales en todo el mundo.»

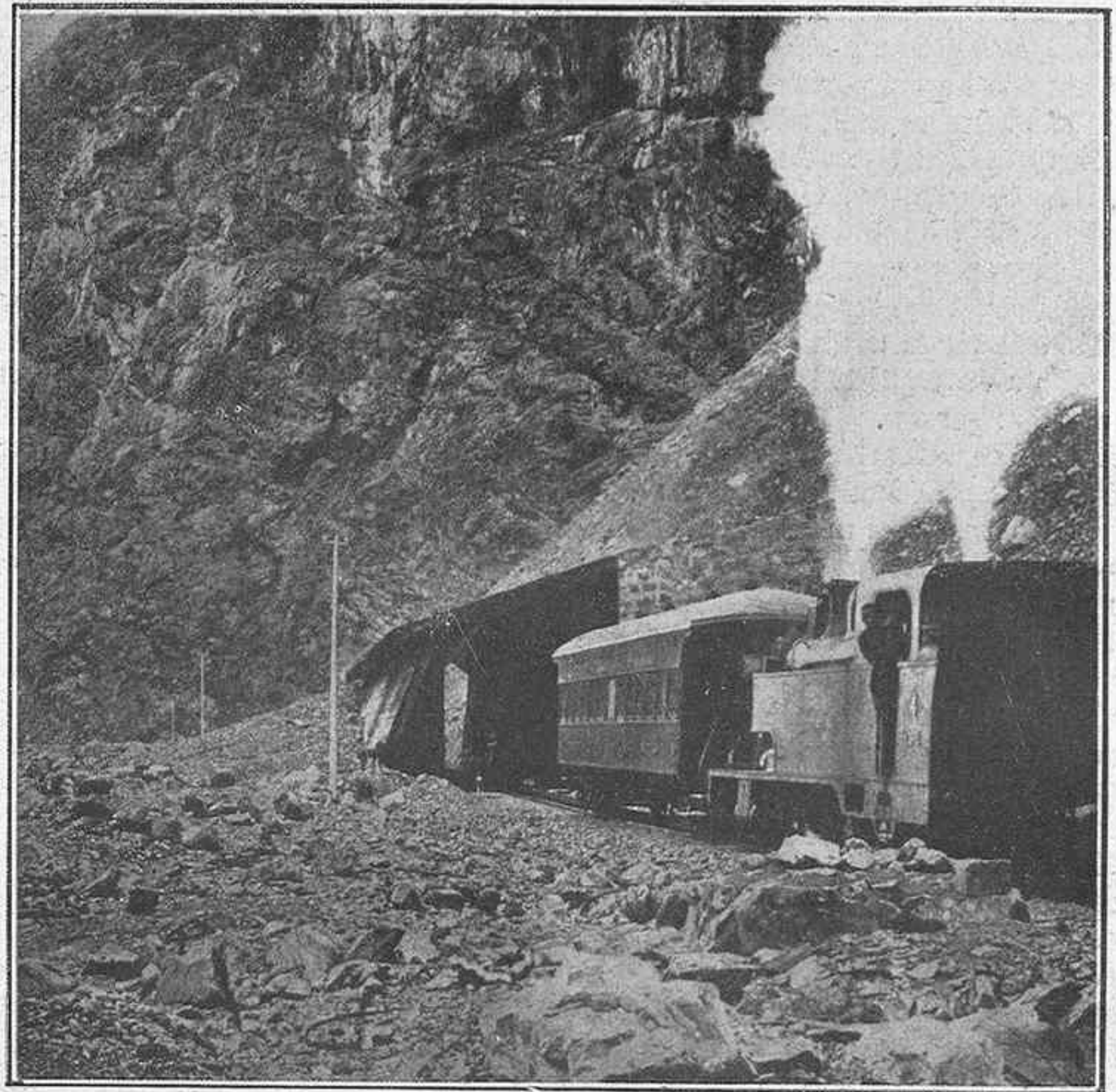
El primer hombre que cruzó el túnel de un extremo á otro fué el jefe de la sección argentina de obreros, seguido por noventa de éstos (chilenos en su ma-

yor parte), quienes volvieron á su patria agitando banderas y lanzando gritos de victoria.

De las capitales de la Argentina y Chile se dirigieron al lugar funcionarios y particulares para presenciar el fausto éxito de una empresa que desde 1860 venía ocupando la atención de ingenieros y capitalistas.

Cincuenta años ha, el capitalista americano William Wheelwright preparó un proyecto para cruzar el continente desde Rosario, en la República Argentina, hasta el puerto chileno de Caldera. Trece años más tarde, los hermanos chilenos Juan y Mateo Clark, á quienes se debe el proyecto de línea recién acabada, dieron los primeros pasos prácticos para el objeto obteniendo una concesión del Gobierno Argentino para una línea de Buenos Aires á la frontera de Chile.

En 1880 la primera sección, de Villa Mercedes á Mendoza, fué construída por el Gobierno Argentino, conectando la línea Clark de Buenos Aires con Villa Mercedes, unas 650 millas en total. En virtud de otra concesión, una compañía británica llevó á cabo la construcción del trayecto de Mendoza á la frontera



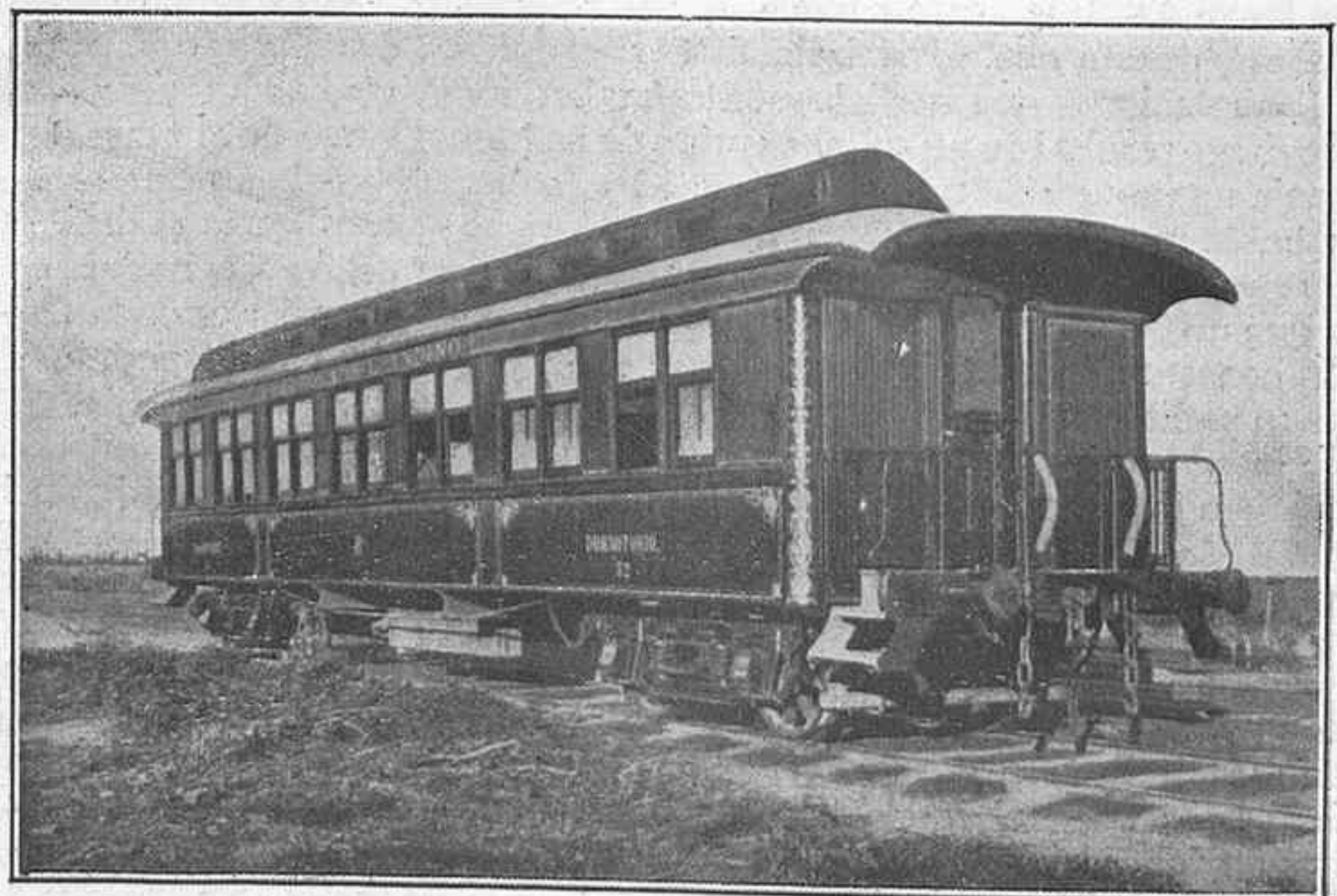
Cobertizo de protección contra avalanchas, ferrocarril transandino

Varias secciones de la línea están expuestas al desprendimiento de aludes y avalanchas de tierra ó nieve, que causan graves daños á la vía

chilena y de ésta al pueblo chileno de Los Andes (160 millas), en el que había de hacerse la conexión con la actual línea de Valparaíso, de 78 millas de extensión.

Fué la sección transandina entre Mendoza y Los Andes la que ofreció mayores dificultades, puesto que en ella se encuentra la antigua vereda á través del Paso de la Cumbre, á 12.605 pies sobre el nivel del mar, que los ingenieros decidieron eliminar taladrando la montaña á 2.500 pies más abajo.

Por Caracoles, en el lado chileno, y por Las Cuevas, en el argentino, los operarios empezaron su tarea de perforación. La altura del túnel sobre el nivel del mar es de 10.460 pies; su longitud mide 3.165 metros con 5 y medio de alto por 5 de ancho, á 1.000 debajo de la cima de los Andes. La sección chilena es



Uno de los coches-dormitorios del ferrocarril transandino

El trayecto entre Buenos Aires y Valparaíso se hará en un día y medio por el nuevo ferrocarril. Los coches-dormitorios son espaciosos y cómodos

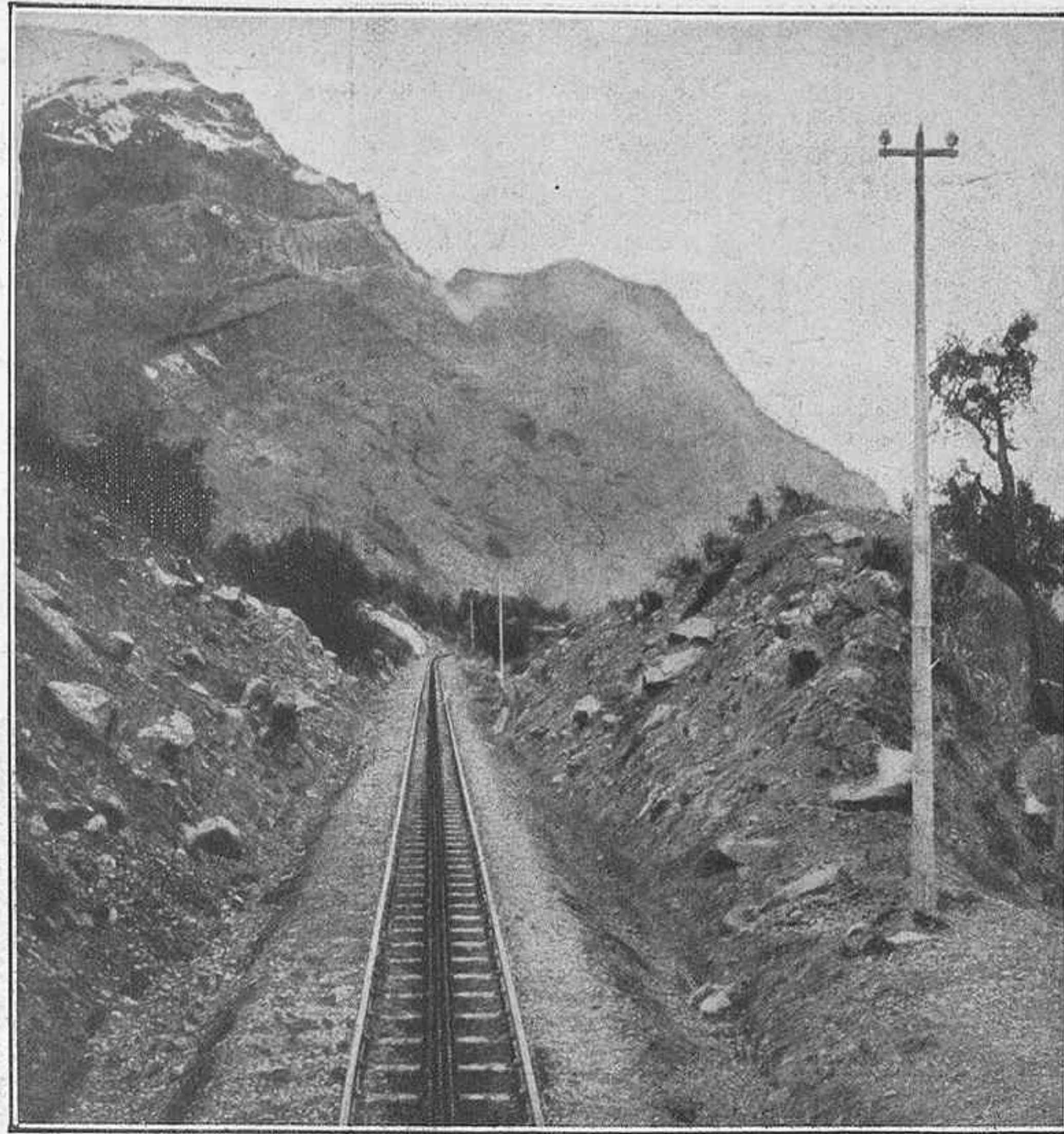
de 1.355 metros y la argentina, de 1.782. El costo total de la obra se calcula en 500.000 libras.

El túnel tendrá las mismas dimensiones que el del Simplón y será, por tanto, lo suficientemente grande para permitir el paso de locomotoras, trenes, ó vagones de vías de 5 pies y 6 pulgadas de ancho. La galería es recta, con excepción de un trecho de 120 yardas en la entrada oriental, en donde hay una curva de 219 yardas de radio.

El inestimable valor práctico de la nueva línea se demuestra con sólo decir que el tiempo que se emplea en hacer el viaje de Buenos Aires á Valparaíso quedará reducido á 38 ó 35 horas, además de facilitar el transporte de pasajeros y mercancías. La jornada será pintoresca en sumo grado.

Mientras las principales exportaciones de los países interesados continúen siendo de materias primas, no se pueden esperar cambios en las clases de productos transportados á las costas, si bien el volumen del tráfico aumentará considerablemente. Los cereales, cueros y carnes de la Argentina, y el salitre y los minerales de Chile continuarán enviándose al extranjero por mar, pero en el incremento del comercio entre los países de la costa Oeste y de la Este de la América Meridional y en el transporte de productos manufacturados de Europa y América, la nueva ruta resultará ser un formidable competidor de las líneas de vapores.

Aunque el Brasil y la Argentina están bañados por el Atlántico, grandes áreas de regiones productoras de goma en aquél, y las secciones agrícolas y ganaderas de ésta están muy distantes del Pacífico. Con el aumento de las facilidades de transporte, es lógico suponer que los productos que hasta ahora



Un paisaje en la línea del transandino

El paisaje que se contempla á lo largo de este ferrocarril es uno de los más hermosos del mundo, un panorama que varía constantemente, ofreciendo al admirado viajero nuevas y exquisitas sensaciones á cada paso.

sólo se exportaban por el Atlántico encontrarán salida por el Pacífico, y viceversa.

Como medio para el tráfico oceánico, la importancia del Transandino es inestimable. En la costa oriental, el tráfico de los Estados con los países del Atlántico ha sido interceptado por las dificultades de la navegación y también por el hecho de que los países atlánticos de Sud-América están más próximos á Europa que á los Estados Unidos, en tanto que la costa occidental está tan distante de Nueva York como de Liverpool ó Hamburgo.

Cuando el Canal de Panamá esté abierto las condiciones serán distintas. Entonces los Estados Unidos, especialmente sus centros manufactureros, tendrán una ventaja especial con respecto á los países que dan al Pacífico.

La línea de Tehuantepec, á través de aquel istmo, y el Ferrocarril Interocéánico de Guatemala, han aumentado ya el comercio entre el Atlántico y el Pacífico.

Una vez que esté abierto el Ferrocarril de Buenos Aires á Valparaíso, Chile y el Perú no estarán por más tiempo fuera de las grandes corrientes del comercio mundial.

Estarán en directa y constante relación con los países del Este y más próximos á Europa. Más aún: se dará un gran paso hacia la cimentación de la solidaridad sudamericana colocando á las capitales del Oeste-bajo las mismas influencias que las del Este.

(Publicado con autorización del Boletín de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

SILUETES D'ESCRIPTORES CATALANS DEL SIGLE XIX, por Francisco Gras y Elias. - Colección de interesantes y bien escritas semblanzas de Próspero de Bofarull, José Coll y Vehí, Francisco Pi y Margall, Juan Francisco Carbó, Manuel Angelón y Eduardo Vidal y Valenciano. Un tomo de 96 páginas que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç.» Precio, 50 céntimos.

EL CORREGIMIENTO DE ARICA (1535-1784), por Vicente Dagnino. - Notable é imparcial estudio histórico del territorio de Arica, desde la época de su descubrimiento hasta la supresión de los corregimientos y su refundición en intendencias y partidos. Un tomo de 354 páginas ilustrado con muchos é interesantes grabados, impreso en Arica en la imprenta «La Epoca» y el producto de cuya venta destina su autor á los hospitales de Arica y Tacna.

APUNTES PARA EL ESTUDIO Y LA ORGANIZACIÓN EN ESPAÑA DE LAS INSTITUCIONES DE BENEFICENCIA Y PREVISIÓN. Memoria de la Dirección general de Administración. - Obra que contiene numerosos é interesantísimos datos, estados, resúmenes y gráficos, sobre aquellas importantes materias y que no sólo permiten formarse perfecto concepto de cuanto en España se refiere á beneficencia y previsión, sino que, además, constituyen una base sólida en que pueden apoyarse con seguridad cuantos quieran ahondar en el estudio de las instituciones de esta clase. Es, en suma, una publicación que honra al ministro Sr. La Cierva que la dispuso y al director general de Administración D. Antonio Martín de la Bárcena, autor de la memoria. Un tomo de 704 páginas, impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.

¿PETRARCA PLAGIARIO?, por R. Monner Sans. - Interesante estudio en el que, sobre varios datos fehacientes, se formula, sin que el autor se decida á resolverla, la duda de si el inmortal cantor de Laura plagió en algunas de sus composiciones

al poeta valenciano llamado Mossén Jordi. Un folleto de 20 páginas impreso en Buenos Aires en los talleres de la casa Jacobo Peuser.

TÍA LUISA (BOCETO). MEMORIAS DE UN JOVEN. Novela de Carlos Repetto. - Un tomo de 70 páginas con ilustraciones de Alfredo Lazzari, impreso en Buenos Aires.

ARISTOCRATQUES, por Carlos de Fortuny. - Colección de interesantes artículos y cuentos escritos en catalán, que así por su fondo como por su forma corresponden perfectamente al título de «Aristocráticas» que lleva el libro. Un tomo de 164 páginas, editado en Barcelona por la Biblioteca «Joven-tud,» precio 2'50 pesetas en rústica y 3 encuadernado.

SOBRE EL ARTE DE LEER Y ESCRIBIR. BREVE RESEÑA Y EXAMEN CRÍTICO DE TODOS LOS MÉTODOS, por Saturnino Calleja Fernández. - Un folleto de 16 páginas, publicado por la conocida casa editorial de su autor, quien lo regala á todos los que se lo pidan.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 pts. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas. Montaner y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJA LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN. Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc. Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. - MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



El aviador Wachter, que murió trágicamente el día 3 de los corrientes en el «meeting» de aviación de la Champaña. (De fotografía de M. Rol.)

EL AVIADOR WACHTER

Una nota trágica entristeció la primera jornada del *meeting* de aviación recientemente celebrado en el aeródromo de Betheny (Reims). Habían comenzado apenas las pruebas, habiendo efectuado algunos vuelos Latham, Morane y Leblanc; Wachter elevóse á su vez, subiendo lentamente y describiendo círculos cada vez más grandes. De pronto inclinóse el aparato y éste, con las alas rotas y las telas desgarradas, descendió verticalmente, con velocidad vertiginosa, y chocó en el suelo con espantosa violencia.

Acudió en seguida gente á socorrer al aviador; pero los socorros fueron inútiles: Wachter yacía materialmente destrozado debajo de los restos informes de su aparato.

Era Wachter un piloto notable, y aunque aquella era la primera vez que se presentaba en público, hacía mucho tiempo que volaba en el campo de Chalóns, realizando grandes proezas. Dirigía su monoplano perfectamente y había demostrado gran audacia; la misma mañana del día del accidente que le costó la vida, realizó un vuelo de media hora en medio de un temporal deshecho. El célebre Latham, que no peca de prudente ni mucho menos, dijo que nunca había presenciado un vuelo tan hermoso, tan emocionante ni tan atrevido.

Esta hazaña fué sin duda la causa principal de la catástrofe ocurrida pocas horas después. Durante aquel vuelo, lo mismo que durante otro que efectuó poco después de mediodía con una lluvia torrencial, mojándose las maderas y las telas del monoplano; cuando luego se elevó á las seis de la tarde, hacía mucho sol y las telas y maderas, secadas rápidamente, se deformaron y el aparato no pudo resistir el esfuerzo que se le imponía. Entonces cedió una pieza, crujieron las alas, rompiéronse las telas y el monoplano cayó vertiginosamente.

Wachter contaba treinta y seis años y hacía tiempo que estaba al servicio de la casa Antoinette, en la que había entrado de mecánico y cuyos aparatos pilotaba. Desde su *debut* en la aviación, había dado pruebas de cualidades excepcionales; conocía admirablemente el aparato y el motor, y en los días que precedieron al *meeting* hizo dos veces el viaje aéreo de Chalóns á Betheny conduciendo los aparatos que en aquél había de pilotar.

Un detalle horrible: desde el cobertizo de donde acababa de salir Wachter, la esposa y dos hijos de éste presenciaron la caída del aviador.

PARÍS. - FIESTA AERONÁUTICA

DEL CLUB FEMENINO «STELLA»

A pesar de un tiempo lluvioso, celebróse el día 30 de junio último con gran éxito la fiesta de los «Globos floridos» que todos los años organiza el Aero-Club femenino *Stella* y que tuvo lugar en el parque del Aero-Club de Francia.

Siete globos tomaron parte en ella, cada uno adornado con las flores cuyo nombre ostentaba. A las cinco comenzó la suelta de los aerostatos por el orden siguiente:

Los *Claveles* (1.200 metros cúbicos); piloto, A. B. Leblanc; pasajeras,



París.—Fiesta de los Globos floridos celebrada por el Club femenino «Stella» el día 30 de junio último.—El globo *Los Claveles* en el momento de elevarse en el aire. (De fotografía de World's Graphic Press.)

señoras de Airault, secretaria del Aero-Club femenino, de Vignot y de Carrascosa.

Las *Rosas* (1.200 metros cúbicos): piloto, H. Kapferer; pasajeras, señora de Sælmegeane y señoritas Tissot y Wassiliew.

Los *Tulipanes* (900 metros cúbicos): piloto, conde de La Valette; pasajeros, condesa de La Valette y Sr. Reed.

Las *Adormideras* (900 metros cúbicos): piloto, Sr. Omer-Decugis; pasajeras, señoras de Omer-Decugis y Parsy.

Los *Crisántemos* (1.600 metros cúbicos): piloto, Jorge Blanchet; pasajeros, señoras de Savignac y Griffié y Sres. Letourneau y Le Barazer.

Los *Iris* (600 metros cúbicos); piloto, señorita Tissot (María); pasajera, señorita Tissot (Magdalena).

Las *Centauras* (600 metros cúbicos): piloto, señora de Surcouf; pasajera, señora de Monnot.

Todos los globos se elevaron majestuosamente, viéndose empujados por una fuerte corriente que las arrastró hacia el Este, y descendieron: las *Rosas* en el Mosa; los *Tulipanes* en Colligny; las *Adormideras* en Montmort; los *Crisántemos* en La Chapelle sous Cluzy; los *Claveles* en Rambercourt; los *Iris* en Counonnes, y las *Centauras* en Crecy-la-Chapelle.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mesclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS 74 St-Denis, 76

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
185, Rue St-Honoré, 185
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA
de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXÍJANSE LA FIRMA Y EL
RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE
de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN